

ALADI...TE CUENTA



ALADI

Asociación Latinoamericana de Integración
Associação Latino-Americana de Integração

AGRADECIMIENTO

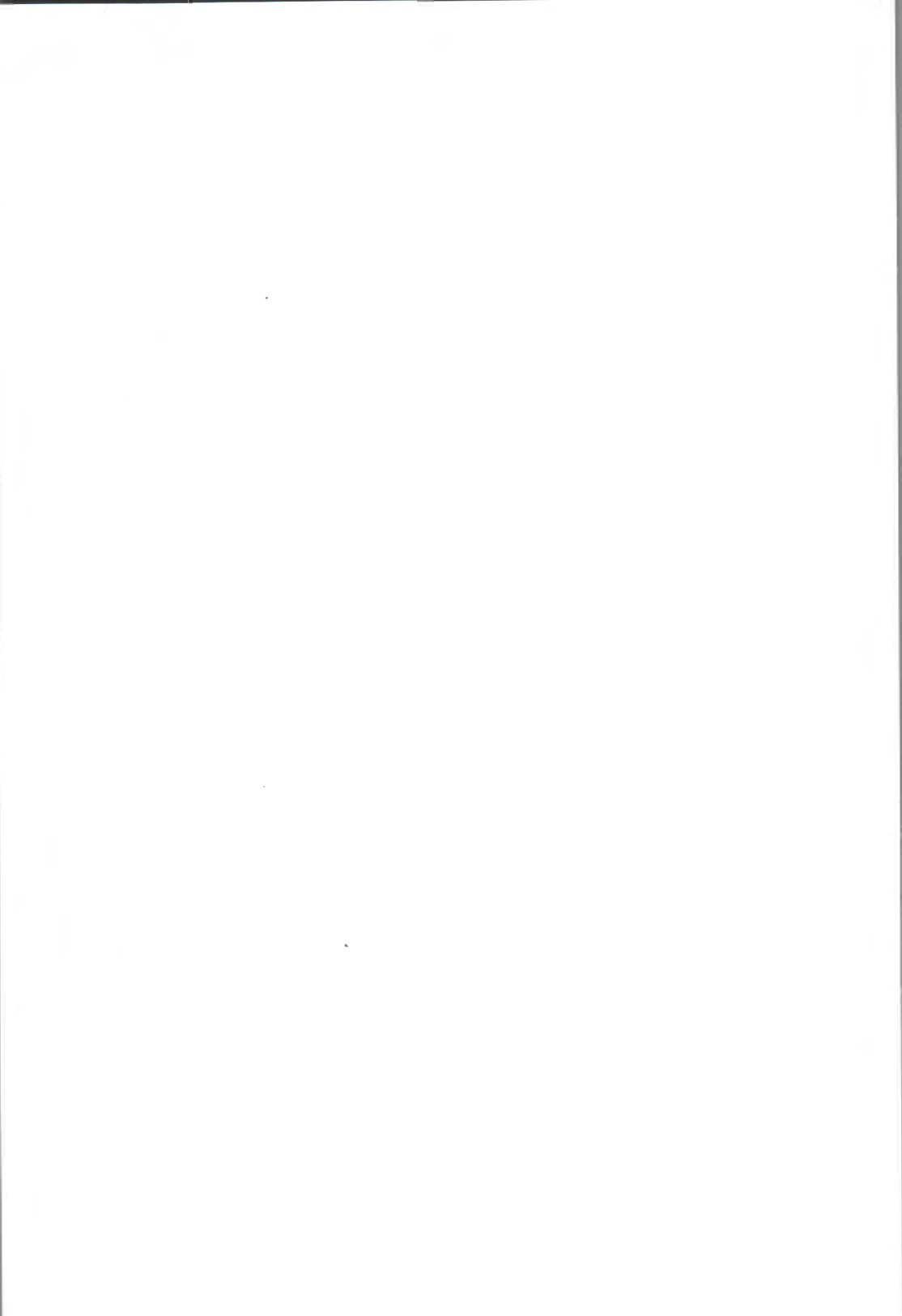
La colaboración espontánea y desinteresada de la narradora Niré Collazo ha formado parte de la materia prima para que "ALADI... Te cuenta", sea hoy una realidad.

Desde los inicios, Niré puso a nuestra disposición, con esmerada dedicación y gran profesionalismo, sus profundos conocimientos de experta en literatura infantil y juvenil, tomando para sí la ardua tarea de seleccionar y recopilar los cuentos que conforman esta publicación.

La selección de las obras literarias no fue realizada al azar ni de manera caprichosa. Niré busca que cada cuento refleje las costumbres y raíces del país, y la sumatoria de ellos, muestre la gran riqueza y diversidad de la cultura de nuestros pueblos de América.

Los viajes imaginarios que realizan nuestros niños al escuchar el relato de Niré hacen posible que su espíritu y mente viajen hacia esos otros pueblos, haciendo de la integración una realidad.

La Secretaría General de la ALADI agradece a Niré Collazo por su colaboración y participación en "ALADI... Te cuenta".



ALADI TE CUENTA

Cuando dimos nuestros primeros pasos en el mundo de la integración, comenzamos a sospechar, lo que más tarde iba a confirmarse. Siempre hablamos, decimos, explicamos que la integración como parte de nuestra historia, esencialmente se constituye en un proceso multidimensional con expresiones políticas, económicas, sociales, culturales, científicas, tecnológicas, cotidianas y, por qué no decirlo, también imaginativas.

¿Quién podría poner en duda la imaginación de nuestros precursores, cuando tuvieron la valentía de plasmar en escritos y, más que en ellos, en hechos concretos, sus sueños de libertad, independencia y unidad?

Esos sueños que con el correr del tiempo fueron tomando forma y progresivamente se fueron haciendo realidad.

Nosotros también soñamos y muchas veces esos sueños nos han llevado a pensar que somos un solo país, una sola patria. Pero, siempre nos preguntamos, cuántos sueños sembraron nuestros precursores? Sería muy fácil decir que todos! Pero también nos preguntamos, cuántos sueños hemos sembrado nosotros? Tal vez muchos, diríamos. Pero, cuándo, dónde, con quién y a quién se los sembramos?

Cuando leemos la historia, y a veces deberíamos releerla con más frecuencia, vivimos y vibramos con la épica, nos estremecemos y emocionamos al describir, y cada vez más, los impulsos y los efectos de cada acción que se nos narra. Y mucho más, cuando nos damos cuenta cómo se sembró, y se siembra, el legajo de nuestra historia.

Volvió nuestra sospecha a renacer. ¿Cuánto, cuándo, dónde, con quién y a quién sembramos los sueños que guían e inspiran nuestro trabajo y, tal vez, razón de ser y actuar antes que como un nacional, como un multinacional en la dimensión multidimensional de la integración de nuestra América Latina?

Quizás sí, ¿y por qué no?, cuando comenzamos a delinear la conmemoración de los primeros veinte años de nuestra ALADI, alguien lo sugirió y, entonces sí, acogimos su idea, y diseñamos este libro, esta publicación, a lo mejor pequeña en su diseño, pero inmensamente gigante en su mensaje, en su valor, en su proyección de sueños, de imaginación.

Por fin, ya ve su luz. Propia, por cierto. Esa luz que nos guiará en un viaje imaginario por nuestros países, de quienes tomamos prestados también a trece de los mejores cuentos infantiles de trece de sus mejores cuentistas.

Y con ellos iniciamos nuestra siembra y lo vamos a hacer con quienes, por fin, conseguimos librarnos de esa sospecha que nos acompañara desde siempre.

En ellos, los niños, nuestros niños, surcarán imaginariamente nuestros cielos, los cielos de nuestros países, que algún día serán, el cielo de nuestra patria unida. Desde el sur del Río Bravo hasta la Patagonia, desde el inmenso Río de la Plata pasando por los indomables Andes que bordean a la inconmensurable Amazonia hasta el Caribe que baña tierras y que, por obra del hombre, pudo en la gracia del istmo, unir a los dos océanos que perfilan nuestro continente. Hitos todos que se nos antojan de tanto sentimientos para nuestros afectos.

He querido, en ocasión de esta importante Cumbre Iberoamericana, donde se dan cita los Jefes de Estado y de Gobierno, unirme al decidido esfuerzo y especial atención que tendrán los temas centrales del encuentro: "Infancia y Adolescencia. "ALADI... Te Cuenta" persigue, entonces, agregar un granito de arena a tan significativa iniciativa, convertirse en semilla para nuestros niños que, con el andar del tiempo, germinará y crecerá en un futuro no muy lejano.

Iniciemos, pues, nuestro viaje a bordo de "ALADI...TE CUENTA". Cuidemos nuestra siembra y cultivemos a nuestros niños como los futuros grandes aliados de esa cotidiana lucha por la integración de nuestra América Latina.

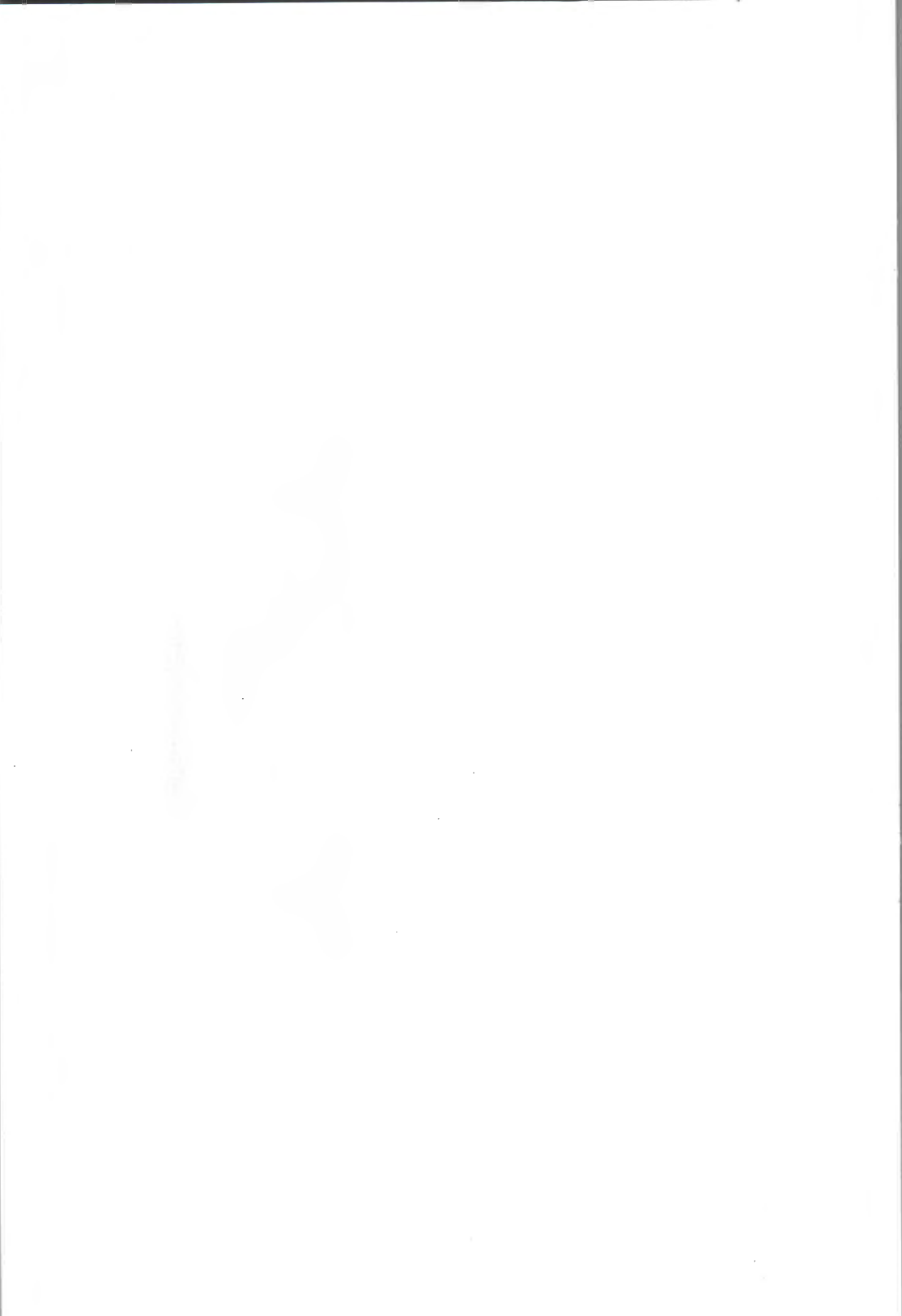
Montevideo, octubre de 2000.



Juan Francisco Rojas Penso
Secretario General

...INTEGRACIÓN
unidos todos por un mejor vivir...





¿QUÉ ES LA ALADI?

La Asociación Latinoamericana de Integración es un organismo intergubernamental que asocia a doce países miembros de América Latina:

ARGENTINA
BOLIVIA
BRASIL
CHILE

COLOMBIA
CUBA
ECUADOR
MÉXICO

PARAGUAY
PERÚ
URUGUAY
VENEZUELA

Abarca un territorio de casi 20 millones de kilómetros cuadrados y a más de 430 millones de habitantes.

¿CUÁNDO SE FORMÓ?

El 12 de agosto de 1980 los países de América del Sur y México suscriben el Tratado de Montevideo instituyéndose la ALADI. El 26 de agosto de 1999 la República de Cuba se incorpora como el duodécimo país miembro de la Asociación.

¿POR QUÉ SE FORMÓ LA ALADI?

En 1960 se firma el primer Tratado de Montevideo estableciendo la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC). En aquel entonces los países latinoamericanos comerciaban principalmente con Europa y Estados Unidos.

La Segunda Guerra Mundial y los años seguidos de la postguerra marcaron cambios favorables a la economía de los países de América Latina, por cuanto sus bienes primarios (carne, cacao, azúcar, etc.) encontraron mercados en esas naciones devastadas. Poco tiempo después, los países europeos comienzan a reordenar sus economías y a impulsar la recuperación de su sector agrícola e industrial. Esta nueva realidad incidió negativamente en las exportaciones latinoamericanas.

Los Gobiernos latinoamericanos, en su propósito de encontrar medidas de corrección e impulsados por las exigencias de crear fuentes alternativas de empleo para una población

con una de las tasas más altas de crecimiento (2,6%), iniciaron planes de industrialización para atender las necesidades de abastecimiento en bienes de consumo duradero y bienes de capital. Este objetivo, unido al interés de captar mayores inversiones destinadas al desarrollo del parque industrial, obligaba a que los pequeños mercados se ampliaran, de manera que la producción masiva bajara costos y elevara el rendimiento, permitiendo mejores posibilidades de competencia.

Así, en 1960 se logró un acuerdo inicial entre siete países: Argentina, Brasil, Chile, México, Paraguay, Perú y Uruguay, que perseguía alcanzar una mayor integración económica, a través de la ampliación del tamaño de sus mercados y la expansión de su comercio recíproco. Con posterioridad se unieron las naciones de Colombia, Ecuador, Bolivia y Venezuela.

En 1980, los Gobiernos de estos once países modifican el viejo tratado y deciden reafirmar la voluntad política de fortalecer el proceso de integración, hacerlo más flexible en su aplicación, y suscriben el nuevo Tratado de Montevideo (TM-80).

¿PARA QUÉ SIRVE? (Funciones)

- Para promover y regular el comercio recíproco de los países miembros.
- Para apoyar la complementación económica entre ellos.
- Para desarrollar acciones de cooperación que contribuyan a la ampliación de sus mercados nacionales.

¿CUÁLES SON SUS OBJETIVOS?

La creación de un área de preferencias económicas teniendo como objetivo final el establecimiento de un mercado común latinoamericano.

La ALADI se formó con el propósito de reducir y eliminar gradualmente las trabas al comercio recíproco de sus países miembros; impulsar el desarrollo de vínculos de solidaridad y cooperación entre los pueblos latinoamericanos; promover el desarrollo económico y social de la región en forma armónica y equilibrada a fin de asegurar un mejor nivel de vida para sus pueblos; renovar el proceso de integración latinoamericano, y establecer mecanismos aplicables a la realidad regional.

¿CÓMO LO HACE?

Mediante tres mecanismos:

- Preferencia arancelaria regional: consiste en una rebaja porcentual de los impuestos que cada país cobra a sus importaciones cuando los productos provienen de la región.
- Acuerdos regionales: son los suscritos entre todos los países miembros. Por ejemplo: nóminas de apertura de los mercados a favor de los países de menor desarrollo económico relativo (Bolivia, Ecuador y Paraguay); acuerdo de cooperación científica y tecnológica; acuerdo de intercambio de bienes en las áreas educacional, cultural y científica.
- Acuerdos de alcance parcial: son los suscritos entre dos o más países, sin obligación de que participen todos. Hay casi 100 acuerdos de este tipo y de naturaleza muy diversa: promoción del comercio; complementación económica e industrial; agropecuarios; etc.

El TM-80 también permite que los países miembros de la ALADI firmen acuerdos con otros países latinoamericanos o en vías de desarrollo. Esta flexibilidad es un principio fundamental del Tratado y busca la convergencia, o sea, el agrupamiento progresivo de los acuerdos parciales para alcanzar una gran área de preferencias y luego un mercado común. Hay unos 35 acuerdos suscritos con países no miembros como Costa Rica, Guatemala, Honduras, Nicaragua, El Salvador, Panamá, Trinidad y Tobago, Guyana, etc.).

¿QUIÉN ORGANIZA LOS TRABAJOS?

Para desarrollar su trabajo, la ALADI está integrada por tres órganos políticos y un cuerpo técnico.

- El Consejo de Ministros de Relaciones Exteriores: es la máxima autoridad, que adopta las decisiones más importantes e indica las acciones a tomar;
- La Conferencia de Evaluación y Convergencia: está integrada por Representantes de los países miembros, tiene entre sus funciones examinar el funcionamiento de pro-

ceso de integración en todos sus aspectos, y la convergencia de los acuerdos de alcance parcial, a través de la multilateralización progresiva y promover acciones de mayor alcance para profundizar la integración económica;

- El Comité de Representantes: es el foro político permanente, responsable de la negociación y el control de todas aquellas iniciativas destinadas a perfeccionar el proceso de integración. Lo conforman las Representaciones Permanentes de los países miembros; y
- La Secretaría General: es el cuerpo técnico de la Asociación. Tiene entre otras funciones la de proponer, analizar, estudiar y hacer gestiones para facilitar las decisiones que deben alcanzar los Gobiernos.

La Secretaría está dirigida por un Secretario General y dos Secretarios Generales Adjuntos y la integran 5 departamentos técnicos, cuenta además con una Biblioteca, cuya base de datos es una de las más grandes en materia de integración de Latinoamérica.

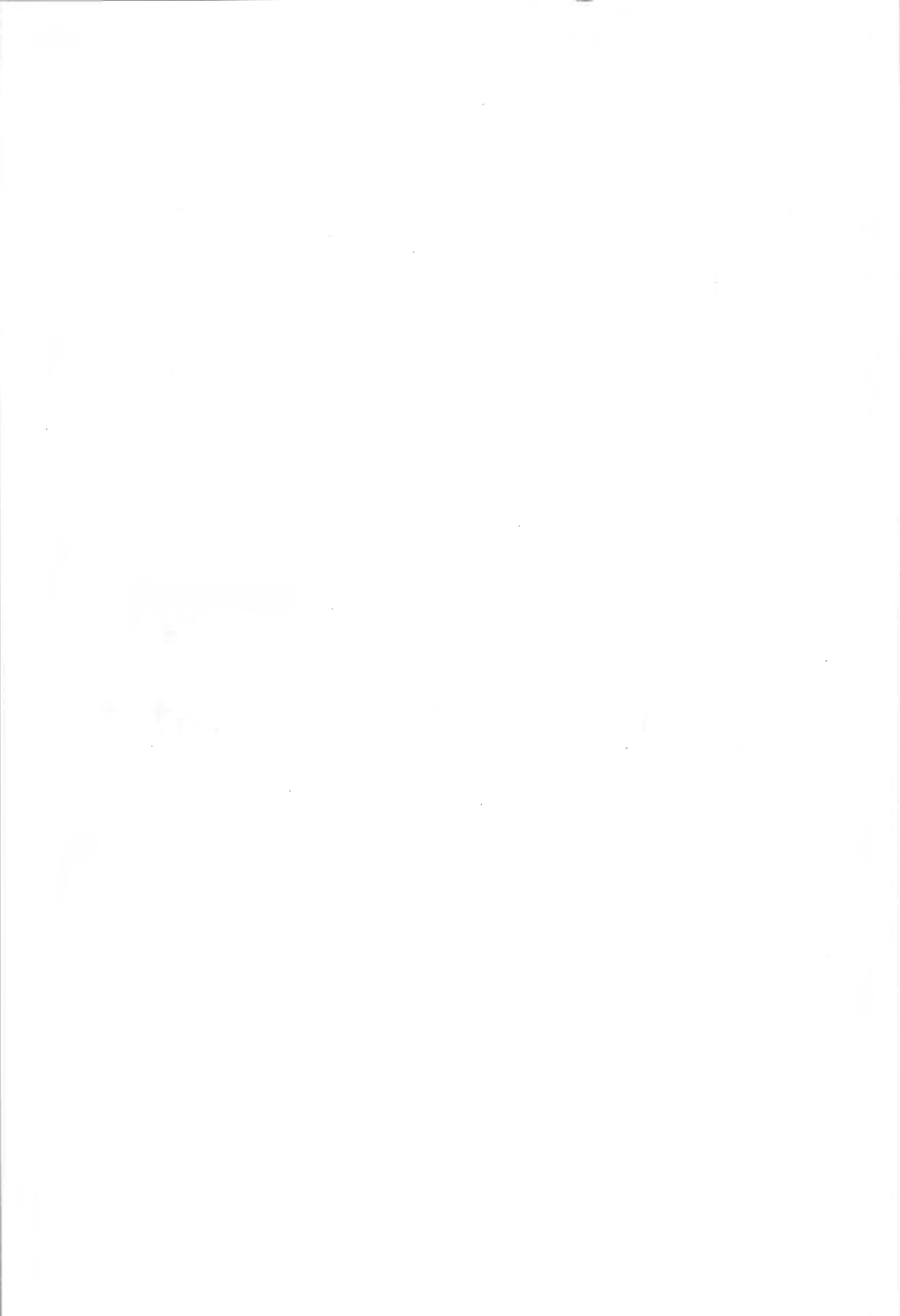
¿EL POR QUÉ DE LA ALADI EN LA VIDA ESTUDIANTIL?

- Porque toda esta organización está dirigida a establecer las condiciones necesarias para que América Latina, mediante la unión de esfuerzos y su potencial de riquezas naturales, alcance un mayor desarrollo y mejoras en las condiciones de vida, salud, educación y trabajo de sus habitantes.
- Porque a la voluntad política por la integración, aunque está incorporada en muchas de las Cartas magnas de los países, debe agregársele la iniciativa del hombre de negocios, del productor, del industrial, de los fabricantes y comerciantes, a quienes les corresponderá entender, aprovechar y utilizar las nuevas y múltiples posibilidades que pone a su disposición el Tratado de Montevideo 1980.
- Porque a los estudiantes, que son quienes tendrán en sus manos el futuro de nuestros países, les corresponderá entender, aprovechar y utilizar las nuevas y múltiples posibilidades que pone a su disposición el Tratado de Montevideo 1980.



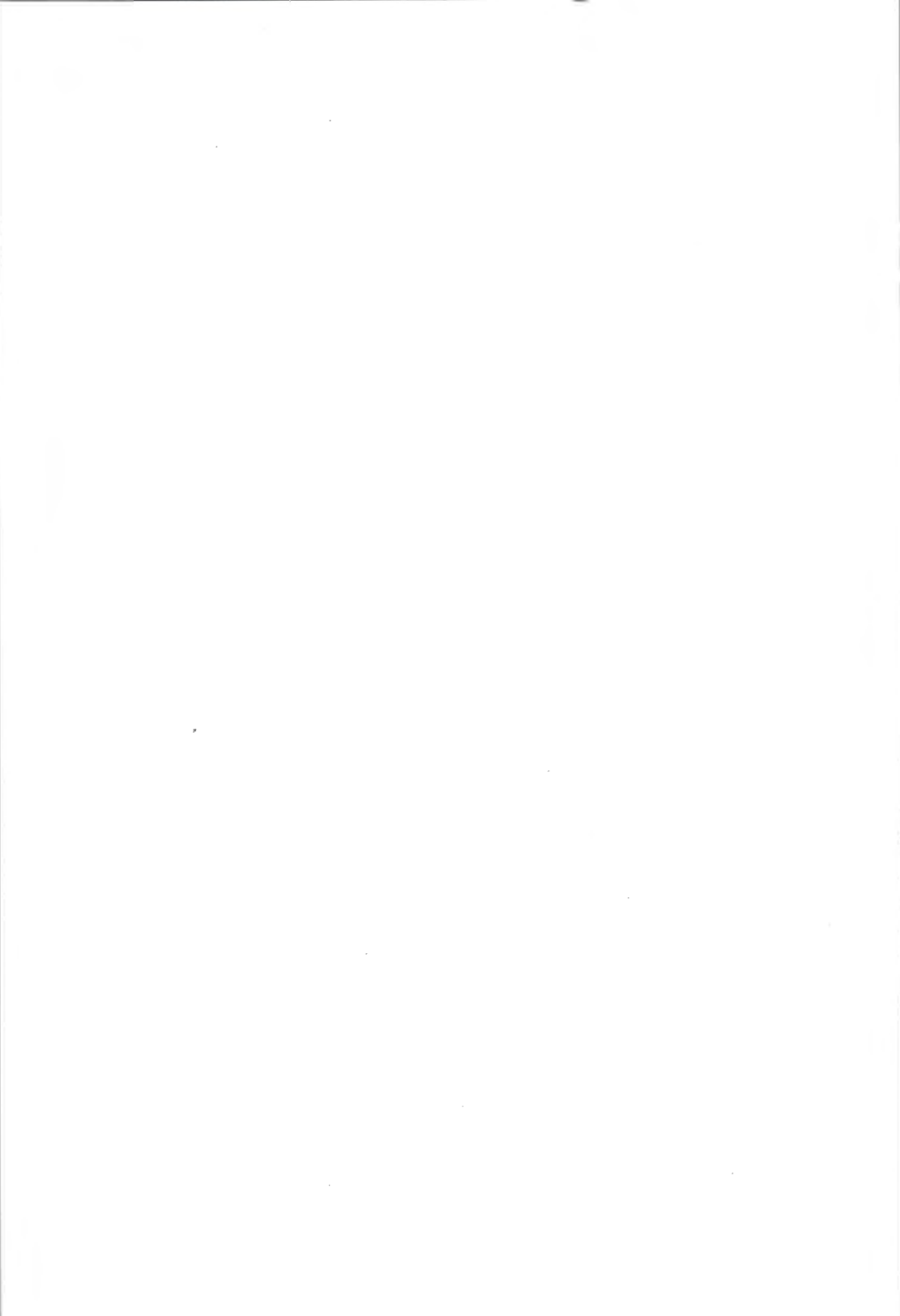
ALADI ... te cuenta





LISTADO DE CUENTOS

- ARGENTINA: "Pamela"
Autor: Ema Wolf
- BOLIVIA: "El Ventisquero"
Autor: Alcides Argüedas
- BRASIL "La Boitatá"
Leyenda Popular
- CHILE: "El Gigante Enterrado"
Autor: Jacqueline Balcells
- COLOMBIA: "El hombre Caimán"
Autor: Sandro Romero Rey
- CUBA: "Manuelita"
Autor: Renée Méndez Capote
- ECUADOR: "Los papagayos"
Autor: Monseñor Federico González Suárez
- MÉXICO: "El Príncipe Tukuluchú (Lechuza)"
Leyenda Popular
- PARAGUAY: "Leyenda de las cataratas"
Autor: Niré Collazo
- PERÚ: "El Amarú"
Autor: Danilo Sánchez Lihón
- URUGUAY: "La Tortuga Gigante"
Autor: Horacio Quiroga
- VENEZUELA: "El Romance de Tía Zorra y Tío Conejo"
Autor: Daniel Mato
- PANAMÁ "Muerte en el Mar"
Autor: Gilma Guerra de López



ARGENTINA

PAMELA

La bisabuela de Tomás era medio hermana de mi bisabuelo. Por eso Tomás viene a ser medio nieto y medio sobrino de mucha gente; también medio primo mío.

A Tomás no le interesan para nada las partes del cuerpo. Por eso, cuando se quedó sin dientes, no se preocupó. Los trató siempre con tanta indiferencia a los pobres, que fueron cayendo uno a uno acribillados por las caries. Él los vio irse sin pena, más bien con curiosidad.

Al fin le quedó la boca fruncida como un monedero.

Un verano (El Verano del Último Diente Caído) fuimos todos los días a pescar al río.

Pasamos muchas horas en un muelle destartado enfundando anzuelos con lombrices. Es lo que más le gusta hacer a Tomás; para eso tiene el arte y la paciencia de un cirujano.

Cuando se terminaban las lombrices encarnábamos con la comida que había sobrado. Generalmente salchicha. Pero también tortilla y todas las pasas de uva de las empanadas. (En eso de extirpar las pasas de uva a las empanadas Tomás también es como un cirujano). Él dice que en este río nuestro da lo mismo encarnar con cualquier cosa porque el agua es tan oscura que los peces no distinguen una lombriz de un diente de ajo.

Una tarde en que se había acabado todo, Tomás tiró una línea de fondo con un caramelo blando en el anzuelo: uno de esos conitos verdes, de eucalipto, que la gente come con el pretexto de la tos.

En seguida sintió el tirón del hilo.

Levantó.

Una dentadura.

Nadie esperaba eso, pero allí estaba. Una dentadura buena, completa, con bisagra, los de arriba y los de abajo. Mordió con tal fuerza que costó desengancharla.

Tomás estaba dado vuelta. Loco. Un dorado de cuatro kilos no lo hubiera puesto tan contento.

Volvimos a casa con la dentadura y hubo que convencerlo de que la lavara antes de ponérsela, porque ésa fue su intención desde el primer momento.

- Vaya uno a saber de quién es -le decía su madre, mi media tía.

Y él gritaba:

- Es mía. ¡Yo la pesqué!

La mañana que la estrenó, apenas masticó el aire para probarla sintió el impulso de correr al quiosco a comprar un paquete de conitos verdes.

Y fue desde aquella dentadura que empezó a comer desafortadamente los benditos caramelos.

A cualquier hora del día se lo vio masticando, con tanta pasión como si estuviera por acabarse el mundo. De mañana, antes de que abrieran el quiosco, ya estaba Tomás allí esperando para comprar los caramelos por cajas. Nunca comió, no porque fuese avaro sino porque comidar distrae.

Le dijimos: "Tomás, estás exagerando", pero él no escuchaba. Las tardes enteras pasaba en el patio haciendo puntería en la boca con un caramelo tras otro mientras contaba las orugas de la parra. Era evidente que su dentadura le pedía eso.

También era evidente la adoración de Tomás por ella. La llamaba Pamela.

La exhibía, la lustraba, le daba baños de bicarbonato, la llevaba al dentista ante el menor síntoma. Era vivir para ella. De noche la guardaba en un vaso con agua y dormía despierto por ver si algo necesitaba. Que le hablaba, que le sonreía, dijo.

Por la mitad del otoño Tomás estaba gordo, desmejorado y verde. Y eso por culpa de los conitos porque ya no comía otra cosa.

- Es que sí como otra cosa, Pamela cruje -dijo.

Se puso peor. Una porquería. Andaba arrastrando las ojeras y era un puro sudar chivo de eucalipto.

Al fin Tomás empezó a mirarla con rencor. Parecía esquivar su dentadura, cosa bastante difícil para cualquiera, especialmente cuando uno la tiene puesta.

Una mañana anunció que iba a dejar de comer los caramelos. Al rato apareció gritando con un dedo mordido.

Entonces no pudo más.

Una tarde (La Tarde del Último Día de Pamela) lo acompañamos al río y tiró la dentadura en el mismo lugar donde la había pescado. Fue muy conmovedora su despedida. Como él dice, el río devuelve a veces las cosas que se caen, pero nunca las que uno tira.

Con el tiempo mi medio primo Tomás se mandó a hacer otra.

Está muy contento. Pero ya no es lo mismo que con Pamela.

Ena Wolf
Libro Famili
Editorial Primera Sudamericana



BOLIVIA

EL VENTISQUERO

Está lejos todavía? - preguntó Agiali deteniéndose en un recodo para respirar con algún desahogo. El montañés señaló con el dedo la región de las nieves.

- Todavía. Pero no mucho. Cerca de la nieve, en una hondonada.

El mozo ya no podía más. Latiale el pecho con fuerza inusitada, zumbándole los oídos, y le parecía que el aire había huido de esas alturas desalojado por la gigantesca masa del nevado.

La soledad era impresionante allí. No había huella de habitación humana ni rastro alguno de vida animal. Por todas partes la roca viva a flor de tierra, el musgo renegrido, y haces de paja en las yendas de la piedra calva y casi brillante a los rayos del sol.

El más pequeño ruido insólito adquiría una sonoridad extraña y patética en las oquedades. La atmósfera era de una transparencia indescriptible. Los objetos más lejanos destacaban nítidos sus contornos, y la mirada se extendía hasta tropezar con la curva del cielo y la bruma de la tierra confundida en una línea azul. Y bajo la bóveda jalonando el horizonte alzábanse las cumbres de los cerros -rojas, pardas, amarillas, ocre, azules- hasta atenuarse y diluirse en los confines, junto a una raya rutilante, más allá de una enorme mancha roja salpicada de puntos blancos y brillantes.

-¿Sabes lo que es aquello, allá en el confín?- preguntó el montañés apuntando esa mancha.

Agiali volvió los ojos hacia el punto señalado, y dijo sin vacilar:

-Es la ciudad.

Kalahumana le miró con asombro.

-¿Y aquello?- añadió, mostrando la raya diamantina que era pincelada de luz en el espacio.

-¡Toma! El lago... ¡Mi tierra!- suspiró el mancebo con el pecho palpitante de amor.

-¡Qué ojos tienes!

Y Kalahumana, que a un centenar de metros solía distinguir, sobre la negra peña las garras de un cóndor, sintió, por la primera vez, envidia de otro hombre.

Agiali sonrió y le dijo que había nacido al horizonte sin fin de sus pampas, donde los ojos, como ahora, no tropiezan sino con el azul.

Al cabo de una hora llegaron por fin al límite de las nieves perpetuas, un vasto glaciar que avanzaba por las faldas del monte, hasta detenerse al borde de la roca cortada casi a pico sobre el lomo de la última cumbre, en que venía a morir el infinito escalonamiento de montes, cuyas cimas alborotadas iban a rendirse todas a los pies del nevado inaccesible.

Allí vio Agiali un fenómeno extraordinario, cuya causa nunca pudo explicarse, porque jamás llegó a sospechar que los ventisqueros a semejanza de los ríos tuviesen su movimiento de avance y la fuerza suficiente para trasladar peñascos, de lo alto de las cumbres a lo hondo de los valles.

Vio, y apenas podía dar crédito a sus ojos, posados sobre finos pilares de hielo azulado y casi transparente, enormísimos peñascos de pizarra negra. Estos pilares así coronados o simplemente lisos, que a veces tomaban esbeltez de columnas, yacían en toda la extensión del ventisquero, menos en las orillas de un laguito circular, cubierto por una capa de nieve que, detenida en sus bordes por el sol, oscilaba rítmicamente con el viento como un péndulo.

El ventisquero, visto desde lejos, daba la impresión de un río de leche petrificado; pero de cerca, era un caos de cosas blancas, cerrado en los costados por dos murallas de granito. En su ondulada superficie se habrían grietas insondables, y la nieve adquiría coloraciones azuladas y verdosas, por donde chorreaba el agua transparente. Y ruidos extraños, ruidos como de cristal que se quiebra, surgían de los abismos de esas grietas, que parecían palpitarse con una vida vigorosa y que fuera hostil a la vida humana.

-¿Y dónde pueden pastar las bestias por aquí?- preguntó Agiali repentinamente invadido de un miedo incontenible, frente a la grandeza de esa masa blanca y viva.

El otro, sin responder, le señaló el muro lateral que cerraba el ventisquero, indicándole que al otro lado de él se encontraban las bestias.

Así era, en efecto.

Un poco más abajo de las nieves, en otra vasta ondulación, surcada en medio por un torrentoso arroyo de aguas cristalinas, había un prado verdoso, donde pacían numerosas majadas de alpacas, llamas y ovejas. Pequeños remansos y laguitos de fondo esmeraldino servían de refugio a bandadas de gaviotas y gansos silvestres, cuyo albo plumaje parecía retazos de nieve robados de la montaña.

Allí, entre una recua de asnos y caballitos de pelaje lanoso, estaba la mula de Agjali, quien tornó al lado de sus compañeros, radiante por el hallazgo y por huir de la vecindad de esos parajes, en que el hombre ni aún alcanza a tener traza de gusano.

Alcides Argüedas



BRASIL

LA BOITATÁ

Esto sucedió hace muchos años, en el tiempo en que no existían las máquinas, en que los animales andaban libres en los bosques o en los campos y los indios eran más numerosos que los blancos. Había tanta tierra disponible que era posible mudarse de un lado para otro sin problemas.

Una tribu buscaba un nuevo lugar para establecerse.

Fueron muchos días de andanzas hasta llegar a una planicie extensa, con árboles y agua en cantidad. Todos se alegraron mucho. Los niños corrían por el prado atrás de los apereás, llamando a los adultos cuando veían caza grande, algún venado o jabalí.

La noche fue llegando de a poquito, y mientras las mujeres preparaban la comida y los hombres conversaban sobre el trabajo del día siguiente, los más jóvenes preparaban los instrumentos de caza.

Por lo demás, fue todo como un día de mudanza.

Antes de acostarse, el más viejo de los hombres dijo con orgullo: "Limpiaremos tanto estos matorrales que cuando los quememos el incendio va a tapar el Sol".

Todos festejaron su comentario. Y él se acomodó en su lona para dormir.

Después de dormir un rato, abrió los ojos, pero estaba muy oscuro, lo que le extrañó. ¡Ni un rayo de luz! "Debe ser muy temprano todavía", pensó. "Creo que estoy deseando que amanezca." Y cerró los ojos nuevamente. Pero las horas pasaban lentamente, sin que ni un halo de luz anunciara el Sol. Un niño comentó que los grillos no cantaban, que no había viento ni rocío.

La oscuridad y el silencio fueron asustando a todos. A parte del murmullo de las personas, sólo el canto del tero tero se oía de vez en cuando. Pero no era un canto normal, insistían las mujeres. Tenían un dejo de angustia, que ellas sentían como un mal presagio.

De repente, una luz atravesó el cielo. Al principio un brillo suave pero después, antes que comenzaran a festejar, apareció una claridad más fuerte que la de un rayo, haciendo que el verde del bosque quedara blanco como la leche y cegando por instantes los ojos de todos los vivientes. Todo despertó de repente: lagartos, cobras, grillos, apereás, pájaros, viento, heno... pero en un griterío de pánico y terror. Después la luz fue disminuyendo hasta que fue posible ver que el Sol había aparecido y la noche se había ido.

Viendo que volvía la calma y que los hombres juntaban sus herramientas para el trabajo, el indio más viejo los reunió a todos y les advirtió:

- Aquello que vimos, antes de que apareciera el Sol, era la Boitatá. Vino para avisarnos que no debemos hacer la quemazón.

- ¿Y qué es la Boitatá?, preguntó ansioso uno de los niños.

El viejo empezó a contarles la historia que había escuchado de sus abuelos:

- Hace mucho tiempo, hubo una gran inundación en la Tierra. Todos los animales, después de huir para los sitios más altos, intentando salvarse, fueron tragados. No hubo refugio o copa de árbol que escapara. Las aguas cubrieron todo, como si quisieran lavar el mundo. Ni la anaconda, la cobra grande, que hibernaba, pudo continuar su sueño. Pero, como era un bicho tanto de agua como de tierra, salió nadando tranquilamente. Cuando las aguas comenzaron a descender, fueron surgiendo pequeñas islas y ahí pudo verse la mortandad. Entonces la anaconda comenzó a devorar a los animales muertos, pero solamente sus ojos. Cuanto más bajaban las aguas, más bichos aparecían para satisfacer su gula. Como es un bicho sin pelo ni pluma, sin escama ni cáscara, su cuerpo fue quedando transparente e iluminado. Cada ojo que ella comía era una lucecita que se prendía dentro de ella. De ese modo, después de haber comido tantos, la anaconda se transformó en una claridad que serpenteaba por el suelo. Los primeros que la vieron no la reconocieron. Le dieron el nombre de Boitatá (cobra de fuego). Aunque hubiera comido muchos ojos, ellos no la alimentaron, sino que apenas la iluminaron, de modo que acabó muriendo. Pero la luz que estaba dentro de ella escapó y salió por ahí, sin rumbo, asustando a las personas y persiguiendo a los desprevenidos. Esa luz es la Boitatá, que, por su gula, fue condenada a vigilar para siempre los campos vírgenes contra los que quieren incendiarlos. Y ella sólo aparece en el verano, como una bola de fuego, corriendo por las planicies de un lado a otro incansable, sin quemar las plantas o los árboles, sin calentar el agua de los ríos o de los lagos. En el invierno tiritita de frío, se mete en una cueva y reposa.

- Entonces, ¿deberemos abandonar este lugar?, preguntó un muchacho.

- No será preciso, dijo el viejo. Únicamente no podremos hacer fuego para quemar y limpiar la plantación. Tendremos mucho más trabajo, pero obtendremos buenos resultados.

- ¿Y si aparece de nuevo la Boitatá?, preguntó uno de los niños, para asegurarse de que no habría más peligro.

- Les digo a todos, respondió el viejo, lo que me dijeron mis abuelos: ella vendrá solamente a vigilarnos, para tener la seguridad de nuestras buenas intenciones. Cuando la vean, bastará que cierren los ojos y permanezcan inmóviles sin respirar, hasta sentir que ella se fue. Pues, de lo contrario, la Boitatá los perseguirá y aturdirá hasta matarlos.

Leyenda Popular



CHILE

EL GIGANTE ENTERRADO

Había una vez un país en el que temblaba mucho. Sus habitantes sabían que cientos de metros bajo la tierra dormía un gigante cuan largo era. Y que éste era tan largo como todo un país. El problema con el gigante eran sus pesadillas, porque entonces se movía tanto, que la tierra entera se estremecía como si fuese apenas una delgada sábana que lo cubriera.

-¿Por qué sueña tanto nuestro gigante mamá? -preguntaban los niños, después de un día en que había temblado treinta veces.

-Yo creo que es un gigante muy nervioso -contestaba una madre-, ya que los de otros países duermen tranquilos...

Las abuelitas tenían otra opinión:

-Lo más seguro es que cuando se fue a dormir acababa de comerse unos cien corderitos, lo que es un exceso aun para un gigante. Por eso su digestión es pesada y le provoca pesadillas.

Fuese cual fuese la causa de los malos sueños y sacudidas del gigante, no había día en el país en que no temblara y no se oyeran sordos ruidos subterráneos. Mas, los habitantes estaban tan acostumbrados a vivir sobre una tierra que se movía, que aparte de no tener repisas con adornos de porcelana en las paredes, ni cristalerías que se pudieran caer, vivían más o menos tranquilos.

-Si el gigante se revuelca y gruñe durmiendo, ¿qué hará cuando se despierte? -seguián preguntando los niños.

-¡Ay, hijos! -contestaban los padres-. ¡Esperemos que no se levante nunca, porque nuestro país que lo cubre saltaría en pedazos!

Las abuelitas, en cambio, eran más confiadas:

-La noche de los gigantes dura un millón de años, niños. No tienen de qué preocuparse.

Mas, a medida que pasó el tiempo, el gigante enterrado comenzó a tener pesadillas cada vez más espantosas y los temblores eran más y más violentos.

Los habitantes del país, entonces, empezaron de verdad a asustarse.

-Parece que su noche de un millón de años se acaba y que el gigante está despertándose -decían los más nerviosos.

-Estos gigantes que duermen un millón de años se demoran por lo menos mil en despertarse -les respondían los más calmados.

Pero cuando, a raíz de los temblores más fuertes, se agrietaron paredes de casas hechas de piedra y se cayeron cosas que nunca antes se habían caído, hasta los plácidos se inquietaron. Entonces se juntaron los hombres y las mujeres más sabios del país, cada uno con una idea distinta para calmar al gigante.

-Cavemos un pozo muy profundo, tan profundo que llegue hasta la nariz del gigante -dijo un ingeniero-. Entonces inyectaremos por él litros y litros de éter hasta que se quede profundamente dormido.

La idea fue aprobada y así lo hicieron. Durante muchas y muchas semanas cavaron no sólo uno sino que muchos hoyos profundísimos a lo largo del país, porque nadie sabía con exactitud dónde estaba la cabeza del gigante y, menos, su nariz. Cuando los hoyos fueron tan hondos que parecían haber llegado al centro de la tierra, volcaron en ellos toneladas de anestésicos con la intención de sumir al gigante en un sopor profundo.

-¡Ya no temblará más! -gritaban todos. Y se prepararon para celebrarlo adornando las ciudades con banderas y cintas.

Pero no había pasado medio día cuando la tierra comenzó nuevamente a estremecerse, y esta vez con mucha más fuerza que antes.

-Lo que pasó fue que los hoyos no acertaron a dar con la nariz del gigante -decían los médicos.

Las excavaciones fueron muy poco profundas -opinaban los geólogos.

-¡Pamplinas! -alegaban los viejos-. ¡Lo que pasa es que la anestesia despierta a los gigantes en vez de dormirlos!

Tuviese la razón uno o ninguno, el hecho era que el gigante se movía más que antes. Ahora no sólo se agrietaban los muros, sino que se desbordaban los ríos y se salía el mar, produciendo tremendas inundaciones. Y el susto de la gente era casi indomable.

Un gran músico propuso entonces:

-Que con un coro con el mayor número de voces posible, un coro inmenso, cante canciones de cuna en el cráter de un volcán extinguido. La música bajará por el abismo hasta las profundidades de la tierra y llegando al oído del gigante lo hará dormir tranquilo.

Así fue como mil, dos mil, cinco mil voces se juntaron en un inmenso cráter, para cantar las canciones de cuna más dulces y maravillosas del mundo entero. El volcán parecía haberse despertado y vibraba entero con la potencia de esas miles de gargantas que sonaban a voces de ángeles y serafines.

El gigante se fue calmando lentamente y después de unas horas de canto dejó de moverse.

-¡Lo logramos!, ¡lo logramos! -gritaban todos, locos de felicidad.

Hicieron fiestas en las plazas y bailaron en las calles. Y así, por primera vez en la historia del país, un día y una noche pasaron sin que la tierra se moviera. Los cantantes bajaron del volcán y se unieron a la alegría de los otros; y como sus voces habían logrado el milagro, fueron vitoreados y paseados en andas.

Pero al día siguiente, muy temprano, un violento temblor sacudió la tierra entera.

-El gigante ha vuelto a sus pesadillas... ¡Hay que seguir cantando! -gritó el músico de la idea.

Y los cinco mil hombres y mujeres volvieron a subir felices al volcán extinguido para continuar cantando sus canciones de cuna. Al poco rato el gigante, igual que el día anterior, se había tranquilizado.

Pasaron así los días y las noches. Cada vez que los coristas, cansados, detenían su canto, el gigante comenzaba muy despacito primero y más fuerte después a moverse bajo tierra en un sueño intranquilo. ¡La música no podía cesar! Mas, a medida que transcurría el tiempo, las voces enronquecieron y las canciones, de dulces y celestiales melodías que habían sido, se transformaron en roncas y desafinadas cantinelas que más parecían de guerra que de cuna. Callado al fin el coro por agotamiento, el gigante se agitó tanto bajo la tierra que hubo un gran terremoto. Cientos de casas se derrumbaron, la tierra se agrietó, muchos puentes se cortaron. En tres minutos de saltos y bamboleos el país entero quedó semidestruido y la gente tan aterrorizada, que muchas familias decidieron ese mismo día emigrar a otros países de gigantes más tranquilos.

-¡Esta vez sí que se despertará! ¡No nos quedaremos aquí para morir aplastados! - gritaban.

Muchos había que no querían abandonar sus tierras, pero en verdad les restaban apenas fuerzas para seguir viviendo asustados día y noche.

-¿Para qué -decían- reconstruir nuestras casas, reparar los caminos o levantar los puentes, si mañana estará nuevamente todo en el suelo?

El rey del país, desesperado, reunió, entonces, a su consejo de ministros y les dijo:

-Ofrezco la mano de mi hija y también mi trono a quien sea capaz de aquietar al gigante. ¡Publíquenlo y proclámenlo!

La hija del rey era bellísima, por lo que, de más está decir, no hubo joven casadero que no se presentara ante el monarca y su consejo con alguna idea.

-Propongo perforar la tierra y hacer llegar hasta el gigante grandes cargas explosivas, tan grandes como para matarlo -dijo un joven rubio vestido de amarillo.

El rey y sus consejeros lo hicieron salir mientras deliberaban.

-¡Rechazada su proposición! ¡Es muy peligrosa! ¡Imagínese que no se muera y quede herido solamente! ¡De nuestro país no quedaría más que un cráter inmenso! -le dijo el ministro del interior.

-Y, si por casualidad lo matáramos, su cuerpo se pudriría y el país olería a carroña para siempre. ¿Se imagina lo que sería eso? -agregó el ministro de salud pública.

El joven rubio se fue cabizbajo y llegó otro, colorín, vestido de rojo.

-Yo propongo que, de hoy en adelante, todos hablemos en voz baja, usemos zapatillas acolchadas en vez de zapatos y caminemos en la punta de los pies para no hacer ruido. Que el que grite sea castigado y enviado al calabozo. Que los ruidos de la ciudad desaparezcan... ¡Sí, señores! ¡Los ruidos que hacemos son los que perturban el sueño del gigante! -dijo, excitado.

Los ministros le contestaron:

-Su idea es incompleta, porque, aunque silenciemos el ruido de los hombres ¿cómo podríamos acallar los truenos del cielo, el grito de los animales o el estampido de las cataratas?

Salió el joven colorín, furioso, y llegó otro muy moreno, vestido de negro.

-Mi idea es que se enciendan unos enormes fuegos a lo largo del país, y que se los tenga encendidos día y noche calentando la tierra, porque estoy seguro de que el problema del gigante es que tiene frío...

Al joven moreno le contestó el ministro de agricultura:

-¡Imagínese lo que sería del país con sus fuegos! Tendríamos que cortar hasta el último de los árboles para mantenerlos encendidos... ¿Y quién podría vivir después, en un desierto de cenizas?

Y así fueron llegando y partiendo joven tras joven, cada uno con una idea más rara que el otro, todas impracticables.

El rey, que ahora se sentaba en una silla porque su trono se había derrumbado en el último terremoto, no sabía qué hacer. Un día pensaba en reconstruir el país solamente con livianas casas de madera -que no se caían- y levantar luego un palacio de pura paja. Pero los ministros le decían que eso era muy peligroso, que los incendios serían peores que los temblores. Otro día se le ocurría construir barcos, miles de barcos, para que los habitantes del país se fueran a vivir en alta mar. Los ministros volvían a hacerlo entrar en razón:

-¿Y los que se marean? ¿Y la leche para los niños, de dónde la sacaríamos? ¿Y cómo cultivaríamos trigo para hacer pan? ¡Perdonadnos, señor, pero vuestras ideas son peores que las de los jóvenes tontos que han venido!

Ya en ese momento el estado de cosas del país no podía estar peor. Eran tantos y tan seguidos los temblores y terremotos, que a los derrumbes se agregaron el hambre, el frío, las enfermedades y el aislamiento.

La situación era tan grave, que el rey tuvo que tomar una dolorosa determinación:

-Ordenad a todos mis súbditos que abandonen sus tierras y emigren a los países vecinos -dijo a sus ministros en un susurro y con los ojos llenos de lágrimas.

Todos tendrían que irse a países extranjeros. Una vez allí, desde el rey hasta el último pastor de cabras deberían vivir como mendigos, obedeciendo órdenes de otro rey por el resto de sus vidas.

Fue justo en ese momento cuando Sebastián llegó al derruido palacio. Era un joven pálido, de cabellos castaños y ojos color de trigo, que había venido a pie desde un extremo del reino. No hacía una semana que se le había ocurrido una idea para terminar con los terremotos y por eso no se había presentado antes.

-Majestad -le dijo casi sin aliento, hincando una rodilla en el suelo lleno de escombros- lo que hay que saber es por qué el gigante tiene malos sueños. Solamente si conocemos la causa de sus pesadillas podremos remediarlas. ¡Yo me ofrezco para bajar a averiguarlo! Llegaré hasta él, y os traeré la solución...

-¡No! -gritaron los ministros a coro-. ¡Lo despertarías! Y ese sería el fin de todos...

-Majestad -insistió Sebastián- sé que es un riesgo, pero hay que correrlo. ¡Es la última posibilidad que tenemos! ¡Confíad en mí!

-¡No! ¡No! ¡No! -decían los ministros-. ¡No le hagáis caso! ¡Es más seguro abandonarlo todo! ¡Por lo menos todavía estamos con vida!

Mas, el rey, que quería a toda costa salvar su reino, aprobó el ofrecimiento que el joven hacía.

-Pero -le dijo-, si lo despiertas... ¡tú serás el culpable de la desaparición de mi reino! ¡Y serás castigado por ello aunque no sobreviva más que yo! ¡Sí, yo mismo te mataré!

Durante estas audiencias, la hija del rey, que se llamaba María Blanca, se escondía detrás de las cortinas desgarradas y espiaba a esos jóvenes que proponían cómo terminar con los terremotos para poder así luego casarse con ella. Hasta el momento no le había gustado ninguno, por no decir que los había encontrado, sin excepción, espantosos. Como los ministros habían ido rechazando una a una las proposiciones, ella había sentido un gran alivio. María Blanca era joven y por eso más le importaba su felicidad que la del reino. Pero cuando vio a Sebastián le gustó tanto, que su corazón dejó de latir de sólo mirarlo; fue un amor a primera vista. Entonces comenzó a temblar pensando en los peligros que el joven iba a correr al bajar al abismo hasta el gigante y en el terrible castigo con que su padre lo amenazaba si fracasaba.

-¡Es el único que me ha gustado, y justo su solución es a riesgo de su vida! -se decía-. ¿Y si el gigante se despierta y se lo come? ¡Me quedaría sin reino y sin un maravilloso marido!

Cuando Sebastián feliz y lleno de esperanzas abandonó el palacio en ruinas, María Blanca lo siguió hasta alcanzarlo en un claro del bosque.

-Eh, joven... -le dijo-. Yo soy María Blanca, la princesa.

Sebastián, que no la había visto nunca, quedó sin habla, deslumbrado por su belleza. Todas las alabanzas que había oído acerca de ella eran nada ante su rostro y su figura.

-Vengo a pedirte que seas prudente y que tengas cuidado con el gigante... ¡Me gustaría tanto casarme contigo! -le dijo María Blanca, que siempre había sido muy franca.

Sebastián, entonces, saliendo de su arrobamiento y de su asombro, en un gesto impulsivo la tomó entre sus brazos y la besó, diciéndole:

-Princesa, me casaré contigo aunque antes tenga que encontrar diez gigantes y subirme a la nariz de cada uno. ¡Te amo con todo mi corazón!

Fue tanta la emoción de María Blanca al oír las palabras del joven y al recibir el primer beso de amor de su vida, que en ese mismo instante tomó una determinación.

-Iré contigo, Sebastián. Sin ti la vida ya no me interesa...

-María Blanca... ¿te has vuelto loca? Tú debes esperarme aquí arriba. Contigo yo no me atrevería a nada, por miedo a perderte...

Pero cuando María Blanca decidía algo, no había quién la hiciera cambiar de idea.

-Aún no nos hemos casado, por lo tanto yo soy la princesa de este reino y tú sólo un súbdito. ¡Iré contigo, es una orden!

Así fue como, tomados de la mano, partieron hacia el gran cráter del volcán extinguido para bajar por él hacia las profundidades de la tierra donde dormía el gigante. En una gran mochila a las espaldas, Sebastián llevaba decenas de pilas de linterna para iluminar, víveres y agua dulce. Y en la cintura una larga cuerda.

Caminaron durante varias horas, hasta llegar a la cima del volcán. Una vez en el borde de la inmensa boca, Sebastián le dijo a María Blanca:

-Tendrás que dejar aquí escondidas tus joyas. He notado, por el camino, que hacen mucho ruido. No podemos arriesgarnos a despertar al gigante con el tintineo de tus pulseras y collares. También tendremos que sacarnos los zapatos y bajar a pie pelado. Y de ahora en adelante, hablaremos en susurros...

La princesa, obediente, se fue sacando una a una las joyas que tenía encima, y las fue dejando en el suelo, bajo una roca de lava del volcán apagado. Pero cuando iba a desprenderse del último collar -una fina cadena de oro de la que colgaba un precioso caracol blanco nacarado-, ella se volvió hacia Sebastián y le dijo:

-Este sí que lo llevaré, ¡no hace ruido! Lo mandó a hacer mi madre con un caracol marino que yo misma encontré de niña. Nunca me he separado de él...

-Bueno -le dijo Sebastián, que no quería entristecerla-. ¡Ahora descálzate y vamos! Tendrás que ser valiente y silenciosa...

Bajaron lentamente por el cráter, cuidando no desprender piedras con sus pies desnudos. A medida que descendían, la inmensa abertura se fue cerrando hasta llegar a convertirse en un túnel negro y estrecho, por el cual tenían que bajar agachados y muchas

veces en cuatro patas. Iban amarrados el uno al otro con la cuerda, porque Sebastián temía que la princesa resbalara y se despeñara. La linterna apenas iluminaba unos pocos metros adelante en esa tiniebla espesa y fría.

-¡Ayyy! -gritó de pronto María Blanca-. ¡Creo que he tocado a un murciélago!

-Shshshsh... -susurró Sebastián, tapándole la boca con su mano-. Tendrás que aguantar el miedo y no gritar más... Si no te crees capaz de hacerlo, mejor es que vuelvas ahora mismo: no te olvides que si el gigante despierta, no sólo nosotros moriríamos sino también el reino entero...

La princesa lloraba en silencio. El pavor y el asco que le daban los murciélagos y quién sabe qué otros bichos y animales que rozaban sus cabellos eran casi insoportables para ella. Pero dando un gran suspiro y apretando los dientes se dijo que tenía que ser fuerte si no quería perder a Sebastián, y continuó avanzando sin decir una sola palabra.

Bajaron y bajaron durante horas y horas. Sebastián iba cambiando las pilas de la linterna a medida que éstas se agotaban. Cuando estaban muy cansados se detenían a compartir las provisiones que el joven traía consigo; pero, como ahora eran dos, éstas disminuían alarmantemente. También el agua para beber se estaba acabando. Y los desnudos pies de ambos estaban llenos de rasmilladuras y moretones.

Llegó un momento en que perdieron la noción del tiempo: ya no sabían si era de día o de noche, ni si habían transcurrido horas solamente o días enteros en esa oscuridad interminable. Pero, aun muertos de sed y cansancio, seguían descendiendo sin una queja. El túnel por el cual bajaban se estremecía a cada rato con los temblores que agitaban al gigante en su sueño. En verdad, éstos parecían ser cada vez más violentos a medida que descendían. "Quizás -pensaban- nos falta poco para llegar a él"...

Hacía ya mucho tiempo que la cantimplora estaba seca cuando, repentinamente, María Blanca exclamó a media voz:

-¡Oh, he metido un pie en el agua!

-¿En el agua? ¿Estás segura? ¡Déjame comprobarlo! -le contestó el joven acercándose a ella y agachándose para iluminar el suelo con la linterna-. ¡Sí, es agua! ¡Qué maravilla! ¡No moriremos de sed, al menos!

Y los dos, con las manos formando un cuenco, bebieron a grandes tragos.

Sebastián llenó su cantimplora hasta el tope y siguieron descendiendo por el túnel estrecho y de paredes rugosas en el que reinaba una soledad tan grande que ambos se consolaban tomándose de la mano cada vez que podían.

Los temblores parecían ir aumentando en intensidad. Eran unos sacudones fuertes y cortos, con ruidos de rocas que se desprendían y rodaban entrechocándose. Una enorme piedra cayó de pronto a centímetros de María Blanca y siguió rebotando abismo abajo.

Esto fue demasiado para la princesa. Estaba tan aterrorizada, cansada y hambrienta, que se sentó en una saliente de una roca y se puso a llorar.

-Perdóname, Sebastián..., sigue tú solo. Yo no puedo más. Te esperaré aquí...

-¿Estás loca, María Blanca? Ya es muy tarde para arrepentirse. Jamás te volvería a encontrar en estos laberintos y con esta oscuridad. Tienes que seguir conmigo quieras o no. ¡Ánimate! Creo que no estamos muy lejos del gigante. Es por eso que ahora tiembla tan fuerte y tan seguido...

La princesa se levantó entre hipos y sollozos ahogados, y bebió un trago de agua que le ofreció Sebastián. Luego, éste cambió las pilas de la linterna por enésima vez y, tomando a la joven de la mano, se armó de valor y continuó el descenso.

Iban cayendo y levantándose debido a los tremendos sacudones de la roca, cuando, de repente, el túnel desembocó en algo que parecía ser una explanada enorme. Caminaron por ella algunos pasos. La textura del suelo que ahora pisaban era tan lisa que parecía luminosa. La luz de la linterna llegaba mucho más lejos y producía en la explanada un brillo irisado, como el nácar.

-¡Ten cuidado, María Blanca, que esta roca es resbalosa! Es como si estuviera recién encerada... -dijo Sebastián.

Siguieron andando con cautela, apoyados el uno en el otro, aliviados los pies por la lisura del suelo que ahora pisaban. Después de más o menos una hora de marcha llegaron a un lugar donde la explanada brillante parecía terminar, dando paso a otra, más dura y rugosa, poblada de unas extrañas cañas gruesas como los árboles pero sin hojas. Los

temblores seguían tan violentos como antes, pero ahora no había ninguna roca que se desprendiera en los alrededores y amenazara sepultarlos.

-¡Sebastián! -dijo María Blanca, en un susurro-, ¿sabes lo que estoy pensando?

-Mientras no sea que quieres regresar...

-No, no es eso... Escúchame: creo que estamos caminando sobre el gigante hace ya horas.

-¡Cómo! ¿Sobre el gigante? -se sobresaltó Sebastián.

-Sí -le contestó ella-. ¡Ahora eres tú el que debe calmarse! Esa explanada nacarada que recién cruzamos era una uña suya, y ahora vamos caminando por su dedo. Mira, toca... Este suelo es su piel, igual a la de un elefante... ¿Y notas que no está frío como una roca, sino tibio?

-Entonces... esas cañas enormes... ¡son pelos! -exclamó Sebastián-. ¡Ojalá el dedo por el que vamos sea de la mano y no del pie, porque si es del pie nos demoraremos meses en llegar a la cabeza!

El descubrimiento de estar caminando sobre el gigante los puso tremendamente nerviosos. Pero, al pensar que para el gigante ellos eran muchísimo menos que una pulga para un hombre, se fueron tranquilizando. Si no lo picaban ni lo molestaban... él, dormido como estaba, jamás se daría cuenta de su presencia.

Siguieron avanzando a lo largo del dedo, falange por falange, dirigiéndose hacia el dorso de la mano o hacia el empeine del pie (porque aún no sabían por dónde caminaban). Los nudillos eran verdaderas colinas que debían escalar y muchas veces un temblor de esa superficie rugosa y tibia los hacía rodar lejos, lanzándolos contra los pelos, gruesos como árboles, que por suerte para ellos eran muy flexibles. Después de mucho llegaron hasta el dorso de la mano (o el empeine del pie), una gran extensión que luego se demoraron horas y horas en atravesar. El gigante, al parecer, era muy viejo, pues su piel estaba llena de arrugas tan profundas, que parecían grietas causadas por un terremoto.

¡Mira, Sebastián, esa colina azul que se hincha y se deshinch! -susurró muy asustada María Blanca.

-¡Es una vena, no te asustes! Trataremos de rodearla, pues allí la piel puede ser más sensible que en otras partes -le contestó Sebastián abrazándola. Y añadió-: Ven por aquí, creo que ya vamos. Llegando al antebrazo, o tal vez a la canilla.

El hecho de no saber por cuál parte del cuerpo del gigante andaban los tenía muy angustiados. Ese cuerpo grande como un país y tendido en la oscuridad subterránea era demasiado inmenso como para que ellos pudieran reconocer el contorno de sus miembros. Tanto las pilas de la linterna como el agua de la cantimplora ya se les estaban terminando, y hacía tiempo que se habían comido las últimas galletas. Si en verdad recién iban en la pierna y no en el brazo, jamás llegarían a la cabeza, donde Sebastián suponía que descubriría la causa de las pesadillas del gigante. Pese a esto, el joven y la princesa marchaban y marchaban, sin perder el ánimo.

El músculo por el que ahora iban andando era enorme y empinado. Tendrían que trepar por él ayudándose con la soga, atándola a los pelos e izándose a fuerza de brazos. Cuando llegaron a la cima, terriblemente fatigados, se tendieron y Sebastián apagó la linterna para no desperdiciar luz. Pero luego que hubieron descansado un rato se levantaron, y al encender la linterna se dieron cuenta de que la piel del gigante tomaba allí otro color distinto al que ya conocían. Ese brazo -o esa pierna- que recorrían se veía teñido azul oscuro, mucho más oscuro que el azul de las venas o el de un moretón. Sebastián bajó su linterna para examinar más de cerca ese enorme manchón azulado y caminó por él largo trecho.

De pronto lanzó una exclamación y llamó a María Blanca:

-¡Ven, ven, mira esto! -señalándole aquí y allá unos puntos más oscuros en la piel azulada-. ¡Esas son las huellas que dejaron aquí las agujas!

La princesa creyó que Sebastián se había vuelto repentinamente loco.

-¡Es lo que faltaba! -se dijo con angustia.

Pero entonces Sebastián la abrazó con entusiasmo y le dijo, feliz, hablándole al oído:

-¡María Blanca, estamos salvados! ¡Este es el brazo y no la pierna! Y lo sé porque esta enorme mancha azul por la que ahora estamos caminando es nada menos que... ¡un tatuaje!

-¿Cómo? ¿Un tatuaje? -le preguntó la princesa, asombrada-. ¿El gigante está tatuado?

-Sí -dijo el joven-, y como normalmente nadie se tatúa las piernas, éste es con toda seguridad un brazo...

-¿Y qué representará? -preguntó María Blanca.

-Lo averiguaremos..., si podemos. ¡Es tan grande! Pero si lo logramos, sabremos algo importantísimo sobre la vida del gigante. ¡Hemos tenido suerte!

Comenzaron, entonces, a recorrer la mancha azulada por sus bordes, palmo a palmo. Pero ésta era tan larga y tan ancha, que no podían darse cuenta de lo que representaba. Sebastián se devanaba los sesos tratando de retener y dibujar en su mente el camino que hacían, contorneándola. ¡Qué difícil era! Pero de pronto, cuando ya le habían dado la vuelta a la figura azul por lo menos dos veces, el joven exclamó:

-¡Eureka! ¡Ya lo he descubierto! ¡Es un ancla! ¡Un ancla tatuada en el brazo!

Así era. Era un ancla azul que el gigante del país, antes de ponerse a dormir por un millón de años, se había hecho tatuar alguna vez en el brazo. Y entonces Sebastián que, aunque no lo había dicho para no angustiar a María Blanca, ya desesperaba de encontrar la causa de las pesadillas de ese coloso, por cuyo cuerpo caminaban hacia días, gritó, olvidándose de toda prudencia:

-¡Viva! ¡Viva! ¡Ya lo sé, María Blanca! ¡Nuestro gigante fue un marino! ¡Navegó por los océanos en barcos más grandes que el Himalaya! Y ahora sueña y sueña, como todos los marinos en tierra, echando de menos el mar. Por eso tiene pesadillas... ¡Eso es!

-Sebastián, amor mío, ¡eres un genio! -gritó la princesa, abrazándolo.

Pero en eso el gigante, tal vez molesto por el ruido de sus voces, movió bruscamente su brazo y luego roncó tan fuerte que la caverna resonó como si el mundo mismo hubiera estallado. Sebastián y María Blanca, aspirados por el ronquido hacia la nariz del gigante, volaron por los aires cientos y miles de metros para ir a caer luego, como dos peleles, en una inmensa selva de árboles tupidos y altos. ¡Estaban en el bigote del gigante! Quedaron allí tirados y adoloridos, muertos de miedo de que el coloso los hubiese sentido caer.

-¡Si ronca de nuevo o estornuda, moriremos hechos pedazos! -susurraban tiritando, abrazados el uno al otro.

Al otro lado de la selva en que estaban, desde dos inmensas cavernas negras, grandes como montañas, un viento huracanado soplaba hacia ellos casi arrancándolos de su asidero; y luego, al revés, los succionaba tan fuertemente que parecía estar a punto de tragárselos como si fuese una gigantesca aspiradora. ¡Era la nariz del gigante, que respiraba!

Por suerte éste, luego del tremendo ronquido, se había calmado. Entonces María Blanca y Sebastián, agarrados a un pelo de sus bigotes más grandes que una selva, se pusieron a pensar qué iban a hacer ahora para salvar al reino y para salvarse ellos mismos.

-Sabemos que es marino y que su nostalgia por el mar es tan grande que no puede dormir sin retorcerse -dijo Sebastián-. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer para consolarlo?

La princesa suspiró preocupada y se llevó la mano al cuello, en forma maquinal, como lo hacía siempre que se ponía a pensar en algo muy grave. Sus dedos tocaron la cadenilla del único collar con que se había quedado al emprender la bajada del abismo, y se deslizaron por ella hasta cerrarse alrededor del caracol nacarado que allí pendía. Jugó un instante con él, distraída. Y entonces, con un súbito brillo de gozo en los ojos, exclamó:

-¡Sebastián! ¡Sebastián! Al bajar por el cráter del volcán me pediste que dejara todas mis joyas... ¿te acuerdas?

-Sí -contestó Sebastián, intrigado.

-¿Y te acuerdas que sólo me quedé con este caracol y su cadena de oro?

-¡Sí! ¡sí! -respondió el joven, ya impaciente.

-¿Y si se lo pusiéramos ahora en el oído al gigante? Tú sabes que en las conchas se oye el sonido de las olas del mar...

-¡María Blanca! ¡Mi princesa! -exclamó el joven, alborozado-. ¿Qué habría hecho yo sin ti? ¡Y pensar que tantas veces me arrepentí de haberte traído! ¡Vamos, vamos a la oreja del gigante! ¡Si él escucha tu caracol, ya no tendrá más nostalgia del mar y dormirá tranquilo!

Y con las nuevas energías que este descubrimiento les había dado, abriéndose paso a duras penas por entre los pelos del bigote, la barba y la patilla, llegaron horas después, fatigados pero animosos, al lóbulo de la oreja. Una vez allí y muy lentamente, pasito a pasito para no causarle ni siquiera cosquillas al coloso dormido, comenzaron a bajar por el pabellón oscuro y enorme de ese oído más grande que el cañón del Colorado. Bajaron y bajaron por desfiladeros circulares que los mareaban, cayéndose a cada rato con los temblores y súbitos sacudones del viejo marino nostálgico.

En el corazón de ambos jóvenes la angustia por volver al reino aumentaba. ¿Cómo estaría el país de destruido y cuántos miles de habitantes habrían muerto con esos terremotos que ellos dos, internándose en el oído del gigante, continuaban provocando? Pero nada podían hacer sino avanzar.

Finalmente llegaron al fondo, donde una enorme pared, delgada y transparente, clausuraba el oído: se trataba del tímpano. Y antes de que el gigante, que se agitaba enloquecido por el cosquilleo dentro de su oreja, o por el recuerdo del mar, se despertara del todo y acabara con ellos y con el país entero, María Blanca soltó el broche de su collar y, tomando el pequeño caracol blanco entre sus dedos, lo puso boca arriba contra la inmensa membrana del tímpano.

Entonces ocurrió como un milagro. En un abrir y cerrar de ojos, las sacudidas del gigante se quietaron. Y por primera vez, en meses de meses, su cuerpo quedó inmóvil y en paz.

-¡Ya está nuevamente oyendo el ruido del mar! -susurró la princesa, con lágrimas de emoción en sus ojos mientras abrazaba temblando a Sebastián.

-Y curado de su nostalgia dormirá tranquilo y feliz durante los miles de años que aún le quedan de noche -agregó Sebastián, con un hilo de voz.

Y así fue como, desde ese día, la paz volvió al reino. De más está decir que Sebastián y María Blanca, a su regreso de las profundidades de la tierra, flacos, rasmillados, pero felices, se casaron en una fiesta que duró muchos días y en la que participaron todos los habitantes del reino.

Y de ahí en adelante, sólo oyeron hablar de temblores y terremotos los niños malos, a quiénes las abuelitas amenazaban diciéndoles:

-¡Si siguen peleando despertarán al gigante dormido!

Pero eso no sucedió nunca.

Jacqueline Balcells

COLOMBIA

EL HOMBRE CAIMÁN

PRESENTACIÓN

El hombre caimán es una leyenda de la costa norte de Colombia en la que Sandro Romero Rey se inspiró para escribir esta versión.

La popularísima canción colombiana *Se va el caimán*, de Crescencio Solcedo, también tiene su origen en ese relato.

GLOSARIO

Merengue: nombre de un ritmo popular, conocido también en algunos países del Caribe.

*Éste es el yacaré, éste es el yacaré
de quien habla toda la gente,
Éste es el yacaré, éste es el yacaré,
yacaré inteligente.*

Sí, mi amigo, esta historia comenzó aquí mismo. Y aquel que es hoy el hombre yacaré se sentaba exactamente ahí, donde ahora Ud. está sentado, dispuesto a tomar su copa de ron, a comer su queso y, por último, su plato de arroz con coco. Y vivía mirando hacia el margen opuesto del río, y cuando adivinaba la presencia de alguien del otro lado, engullía su arroz y desaparecía en el agua. ¿Por qué hacía eso? No se desespere, mi amigo. Termine de tomar su ron y escuche, que la historia apenas está comenzando. Es una historia de amor como cualquier otra, pero con una diferencia: el hombre se salió de ella mejor que nadie, a pesar de todas las dificultades. Así que si Ud. va a pedir otro ron, hágalo ya, pues voy a contarle mi historia sin interrupciones.

Había un hombre, alegre y despreocupado, que viajaba con frecuencia de Pinillos a Magagué, vendiendo toda clase de alimentos y frutas deliciosas. A los gritos, y en medio de las bromas entre él y las personas de aquí, el sujeto divertía a todo el mundo con sus historias absurdas sobre cómo adquiriría los productos, al punto de convencer a los compradores de que las cosas que llevaba eran maravillosas.

Una tarde, mientras anunciaba a gritos la venta de unas naranjas que, según él, poseían las esencias mágicas del amor eterno, notó, para su suerte, una bella morena con los cabellos mojados, caminando despreocupadamente. El hombre inició una conversación con la chica y en un instante los dos se sintieron profundamente atraídos. Ella se llamaba Roquelina y era hija de un severo e intratable comerciante de arroz. Sus hermanos, que desempeñaban en secreto el papel de vigilantes de los pasos de la joven, cuando notaron que Roquelina estaba cada vez más atraída por las bellas frases del hombre, alertaron inmediatamente al padre.

Así, pues, mi amigo, cuando el sujeto apareció, como de costumbre, con sus alaridos y sus productos de otro mundo y corrió, feliz, para saludar con canciones a su querida Roquelina, se encontró ante el intratable padre de su amada.

- Aquí el que vende soy yo, le dijo, sin lugar a réplica, el padre. Y mi hija no es arroz. Por lo tanto, haga el favor de retirarse con su música, antes de que tengamos problemas. Está claro ¿no? Y sin otra palabra, tomó a Roquelina por el brazo y la arrastró consigo.

Fue a partir de ese momento que el sujeto comenzó a venir todos los días a este boliche, a pedir el mismo ron, el mismo queso y el mismo arroz con coco y a mirar para el otro lado del río. Por qué? Enseguida empecé a entender. Por aquí, los hombres se bañan en este margen del río. En medio de la corriente hay un remolino, y del otro lado se bañan las mujeres. Aquí, las personas también hacen sus necesidades en el agua, cobrándose un centavo por todo.

Qué sucedía? El sujeto se había combinado con Roquelina que cuando ella se fuera a bañar, él atravesaría el río a nado para visitarla. Ud. debe estar preguntándose cómo haría el hombre para atravesar el remolino, ya que en seguida se percibía cuán peligroso era eso para los seres humanos. Pues aquí está el secreto de la historia. El hombre acababa de comer el arroz, se tiraba al agua y, poco a poco, su cuerpo se contraía, sus brazos se encogían en pequeñas patas, sus piernas se unían en una agitada cola y cada uno de los granitos de arroz que había comido se transformaba en una hilera de dientes afiladísimos, hasta convertirse en un hábil yacaré nadador.

De esa manera, el hombre yacaré atravesaba con agilidad el remolino y después de violentas sacudidas, conseguía llegar hasta donde estaba Roquelina, que lo esperaba ansiosa para, juntos, descubrir las secretas profundidades del río.

El hombre venía aquí diariamente, bebía y comía su eterna ración y se lanzaba en su viaje de reptil hasta su amada Roquelina. Esas visitas constantes terminaron alertando a todos los pescadores de la región.

Cierta mañana, uno de los hermanos de Roquelina consiguió ver la cola desenfundada del hombre yacaré rompiendo el remolino y, de inmediato, dio la voz de alarma.

Los pescadores de Magangué salieron a la caza del bicho, pero todos los esfuerzos eran inútiles. Cuanto más se esforzaban los hombres para acabar con el animal, más ágil se tomaba él para llegar hasta el margen en que se encontraba Roquelina.

- Tome otro ron, mi amigo, pues la historia está llegando al fin y Ud. debe prepararse para lo que va a venir.

El padre de Roquelina, hombre fanfarrón, prepotente y orgulloso, localizó el lugar exacto por donde el yacaré acostumbraba a nadar y organizó un cerco para agarrarlo.

Un día, bien tempranito, un numeroso grupo de pescadores navegó con mucho sacrificio hasta estos parajes, buscando insistentemente al yacaré, al mando del padre de Roquelina. Mientras tanto, el hombre de nuestra historia, sentado ahí donde Ud. está, terminó su ron, su queso y su arroz y se fue. ¿Dónde iría, si todos estaban buscándolo? Después terminé sabiéndolo. El muy vivo se tiró al agua, nadó de prisa hasta el barco del padre de Roquelina y, de una sola vez, devoró todo el arroz que encontró. En seguida fue a buscar a su amada, que dormía en el muelle. Suavemente, la acomodó sobre su espalda y, sin despertarla, se alejó en silencio. Nunca más se supo de ellos. Pero desde ese día, todos los hombres de aquí esconden bien temprano a sus mujeres y comen de prisa todo el arroz que hay en la olla, antes que el hombre yacaré llegue y desaparezca con mujer y granos.

Esto es lo que conozco de la historia, mi amigo. Lo bueno del asunto es que desde entonces, por estos lugares se canta un merengue así:

*En la hora del sol naciente,
cuando al río fui a nadar,
vi un yacaré singular,
que tenía cara de gente.*

Ahora, Ud. ya sabe por qué. La única cosa que no puedo ofrecerle, mi amigo, es un plato de arroz con coco, pues, no sé por qué está faltando por aquí. Pero... ¿no querrá que le cuente otra historia?

Sandro Romero Rey
CERIALC

Publicado en: Cuentos de Animales Fantásticos de la
Coedición Latinoamericana de Libros para Niños y Jóvenes

Nota: Traducción libre - ALADI

CUBA

MANUELITA

En una enorme casa de la calle de la Lamparilla, próxima a la iglesia del Santo Cristo, vive una familia muy larga.

Son cubanos ilustres en el campo de la ciencia y de la educación. Cuentan entre sus miembros profesores, médicos, abogados. Son propulsores de la escuela pública, fundadores de la Real Sociedad Económica de Amigos del País. Sus antepasados fueron urbanizadores de La Habana. Su genealogía criolla se pierde en la noche de los tiempos de los primeros colonizadores. No creen en más pergaminos que los que dan el estudio y el trabajo. No son integristas. Ellos no son todavía rebeldes, pero su actitud frente al poder de España está lejos de ser conformista. Sin embargo, por ahora se limitan a la filosofía, a las letras y a la ciencia.

Viven una vida patriarcal, dirigida por un padre al que llaman los hijos Su Mercé, y una madre un poco dura e inflexible en cuanto a lo que ella considera la moral.

Son muchos varones, ya graduados en universidades españolas, algunos casados y con descendencia; varias hijas muy atractivas y que también se preparan a seguir la tradición de la familia: casarse temprano y tener muchos hijos.

En la enorme casa reside una verdadera tribu y tienen numerosos esclavos. Pero en la casona hay paz, allí todos se respetan y se quieren y reina la felicidad. El padre es médico, jamás se lo ha visto si no es de chaqué y con sombrero de copa. Goza de gran fama por su sabiduría y su probidad, y mantiene una muy numerosa clientela que le hace regalos fantásticos, como se usa en esta época: caballos de raza, arreos de plata maciza, calesa, calesero ... que se ven llegar a la casa el día de su santo, que es el 30 de agosto.

Un hermano de papá Ramón Su Mercé es magistrado, otro ha sido rector y cancelario del Real Seminario de San Carlos y se ocupa intensamente de impulsar la educación del pueblo, luchando porque se creen escuelas públicas. Todo lo que es hoy el barrio de Jesús María era la hacienda de la familia y la han donado para la urbanización de la ciudad.

En la familia se mantiene la tradición del estudio y el trabajo, aunque para los varones solamente, porque papá Ramón Su Mercé profesa el aforismo: "mujer que aprende latín, no puede tener buen fin". Pero de todas maneras viven un clima de interés por el progreso y el adelanto científico.

Las costumbres que ha entronizado la madre son rígidas. La mesa se sirve a horas fijas y el que no se presenta a tiempo se queda sin comer. Hay que estar en la casa por las noches antes de las diez los días de semana, y a los hijos solteros y ya hombres se les permite trasnochar los sábados, pero a condición de que no se acuesten sin oír misa del alba.

La ceremonia de los sábados es muy curiosa. Llega el joven parrandero a la casa donde la madre lo espera levantada. Se saludan, toman chocolate y esperan charlando la hora de la misa, y después de oírla viene el pecador, ya purificado, a acostarse.

Pues una madrugada, Gaspar Chaple, que está preparando sus exámenes de licenciado en Derecho, tiene veintiséis años, llega un poco más tarde que de costumbre a la casona de la calle de la Lamparilla. Doña Leocadia lo recibe con severidad y le hace saber que se está pasando de la raya.

Toma el hijo apresuradamente el chocolate y sale para la iglesia. En la puerta del templo se detiene deslumbrado. Esta criatura que se le presenta rodeada de un halo como de oro batido, que se destaca en la penumbra de la madrugada como una visión de cuento de hadas, esta niña que levanta hacia él unos ojos tan bellos y tan tristes, no es un ser de este mundo.

Desde luego que no sigue él la misa ni se entera de nada de lo que sucede en el altar. No puede quitarle los ojos a su visión, por miedo a que se desvanezca.

No se atreve a seguirla a la salida de la iglesia. Hay en toda la figura de la muchacha, en sus modales, en su aire de candor, algo que impone el respeto. Se queda inmóvil detrás de una columna y la ve bajar la calle, rumbo al mar, seguida de su esclava.

Toda la semana ha estado esperando el joven que de nuevo llegue el domingo. Ha vuelto a misa. Ha vuelto a contemplar arrobado a la muchacha. Y ha vuelto a quedarse parado mirándola partir, sin atreverse a seguirla ni de lejos.

Al cumplirse el mes siente con toda su alma que está profundamente enamorado. Necesita saber quién es, dónde vive, a qué familia pertenece y por qué está tan triste. Le ordena al chino Joaquín, que es la confianza de todos, que la siga y que se pase el tiempo que sea necesario vigilando la casa, pero que entable conversación con la esclava y le traiga todos los informes que pueda de la niña.

Por Joaquín se entera de que es huérfana y muy pobre, de que se gana la vida haciendo zapaticos de raso, de que las hijas del tutor le envidian su belleza y la mantienen confinada en el fondo de la casa, de que su única salida es a misa del alba los domingos, y de que ha estado trece años recluida en el convento de las Ursulinas.

Siempre por medio de Joaquín le manda una onza de oro de regalo a Petra para que le entregue una carta a Manuelita.

Cuando la muchachita, que ya lo ha visto en la iglesia y ha comprendido que aquel joven alto y buen mozo está enamorado de ella, recibe su primera carta de amor, no se atreve a leerla. La esconde en la última gaveta de su cómoda. Se pasa el día cuidándola por temor de que se la descubran. Está loca por leerla, pero va a hacerlo de noche, cuando esté segura de que nadie, a no ser Petra, va a estar presente.

De pronto, se acuerda de que no tiene luz, y se horroriza de pensar que la carta de su enamorado tendrá que ser leída peligrosamente, en pleno día. Le dice a Petra, que se ha guardado muy bien de hablarle del regalo que ha aceptado del desconocido:

-Petra, por favor, corre a extramuros y tráeme unos cuantos cocuyos. Escógemelos grandes, mételos en una cajita y tráemelos a escondidas.

Y es a la luz de unos cocuyos apretados por sus dedos temblorosos, cómo lee su primera carta de amor.

El joven le dice que la quiere; que quiere hablarle; que su única ambición es hacerla feliz; que le diga a Petra si el domingo que viene puede acercársele.

Hasta el mismo sábado anterior no se decide Manuelita a dar su consentimiento para la entrevista que va a celebrarse en el atrio de la iglesia.

¡Cómo lamenta no tener más que un vestido, siempre el mismo vestidito de nipe blanco, tan lavado! Pero ella no sabe que precisamente de eso se ha enamorado él, de su sencillez, de su pobreza, de su inocencia.

Él la espera en la puerta del templo. A los dos les tiemblan las manos cuando se las rozan ofreciéndole él el agua bendita y aceptándola ella. No pueden hablar. La cita de amor se limita a oír la misa juntos, parados uno al lado de la otra.

Y llevan el noviazgo más bonito y más romántico. Diez minutos justos cada domingo, caminando muy lentamente dos o tres cuadras en el amanecer, seguidos por la esclava. Cartas leídas por ella a la luz de los cocuyos que Petra se encarga de renovar. Y una alegría en las almas que las llena por entero.

Una misa del alba, Gaspar viene con su madre. Le ha contado sus amores, le ha hablado de Manuelita con tanto respeto, con tanta pasión, que doña Leocadia decide ir a conocer a la novia.

-Si es como tú dices, iremos a las Ursulinas a que la superiora nos informe todo lo relacionado con esa niña.

Desde la primera entrevista Manuelita se gana a la madre. Y esa misma semana está la familia del novio al tanto de toda la historia de los Suárez y Martínez.

La superiora les ha dicho:

-Si esa niña no tiene un centavo, es que el tutor la ha dejado en la miseria, y la forma en que usted me dice que la tratan es inhumana. Si deciden abrir un proceso y acusar al tutor, yo estoy dispuesta a testificar en favor de Manuelita.

De la fortuna heredada por la huérfana no pudieron salvarle nada. Con toda la probidad y la astucia de que el antiguo tenedor de libros era capaz, se ha comido el dinero sin dejar rastro.

Le quitan la tutoría de Manuelita a don Torcuato, y le nombran un tutor excelente, que tiene dos hijas dulces y bonitas; Tulita y Manuela, y en ese hogar sabe por fin lo que es tener una verdadera familia.

Pero Gaspar está demasiado enamorado. No quiere esperar a terminar los estudios, y tanto y tan bien les pinta a los padres su desesperación, que ese mismo año de 1857 se casan.

Gaspar es muy alto y Manuelita muy chiquita. Él es trigueño, de bigote y pelos negros y grandes ojos de azabache. Hacen un contraste singular.

Después de casados, se instalan, como todos los hijos, en la calle de la Lamparilla.

Viven felices y tranquilos, dedicado él a sus estudios y ella a adorarlo.

Gaspar quiere corresponder a sus padres la confianza que han depositado en su seriedad, cuando prometió a cambio de casarse terminar rápidamente su carrera.

Por las noches, la pareja de viejos se sienta en el salón inmenso. Papá Ramón Su Mercé lee o recibe a sus amigos, la mayor parte médicos como él; doña Leocadía cose para algún nieto, frente a su velador.

En el comedor estudia Gaspar, mientras su joven esposa duerme en el sofá. Cuando él termina de estudiar, la coge en brazos y la lleva, dormida, a la sala a pedir la bendición de los padres y permiso para retirarse.

Manuelita y Gaspar viven muchos años muy felices y, como en los cuentos de hadas, tienen muchos hijos: doce varones y cinco hembras: Gaspar, Lorenzo, Guillermo, Enrique, Eduardo, Octavio, Adolfo, María, Amelia, Rita, María, Margarita, Rosa María... los otros nombres se me han olvidado.

Renée Méndez Capote
Agencia Literaria Latinoamericana
Publicado en: Dos niños en la Cuba Colonial



ECUADOR

LOS PAPAGAYOS

GLOSARIO

Huacay-nhá: Palabra quechua, con adaptaciones ortográficas, que significa "Camino del llanto".

Cañaris: Nación indígena preincaica caracterizada por su bravura.

Azuay: Provincia del Sur del Ecuador. Su capital es Cuenca, la tercera ciudad del país.

De repente, comenzó a llover torrencialmente sobre aquella fértil región poblada de bravos guerreros y mujeres preñadas, que cultivaban el maíz, modelaban el barro y adoraban los árboles, los osos y la luna.

Mientras el agua inundaba los caminos y los sembradíos, los habitantes, atemorizados, se refugiaban en sus casas y suplicaban a los dioses que aplacaran su ira.

Solamente dos jóvenes hermanos, Ucumári y Cushiyuc, prefirieron abandonar la aldea y subir a las altas cumbres de la cordillera. Luego de una lucha tenaz contra la furia de las aguas y de los rayos, lograron llegar a la cima de una montaña llamada Huacay-nhá. El diluvio arrasó todo y solamente los dos hermanos consiguieron salvarse, pues a medida que el nivel de las aguas subía, la montaña también se elevaba, sin que jamás fuera cubierta.

Después de varios días, nadie sabe exactamente cuántos, la tempestad cesó y un nuevo día, el Sol, mostró su faz radiante sobre el corazón de la tierra inundada.

El nivel de las aguas comenzó a bajar y los dos hermanos retornaron al lugar donde habían vivido con su pueblo. No encontraron piedra sobre piedra. Todo era desolación. Padres, familiares, amigos y vecinos, todos estaban muertos. ¿Y los animales y las plantaciones? Nada quedaba de aquella próspera aldea.

- Ucumári, mi querido hermano, ¡estamos solos en el mundo!, exclamó Cushiyuc.

- Ese debe haber sido el deseo de los dioses, respondió Ucumári. Vamos a agradecerles por haber salvado nuestras vidas y construir una cabaña que nos abrigue de los rigores del tiempo.

Usando algunas ramas de los árboles que habían sido arrancadas, construyeron una casita rudimentaria, un par de camas toscas y una mesa. Cuando terminaron el trabajo, estaban muertos de hambre. Entonces decidieron buscar alimentos, pero los esfuerzos fueron en vano y tuvieron que contentarse con unas pocas hierbas que encontraron.

Regresaron tristes, exhaustos y desconsolados. Pero, al entrar a la cabaña, quedaron maravillados con lo que vieron.

¡Por todos los dioses, Cushiyuc! Dime, por favor, que mis sentidos no me están engañando. ¿Estás viendo lo que yo veo?

Cushiyuc ni contestó. Una gran variedad de deliciosos y humeantes manjares estaba sobre la rústica mesa, convidándolos con su aroma a comerlos. Los dos hermanos se abalanzaron sobre los alimentos y les faltó boca para devorarlos más aprisa.

- ¿Quién pudo haber traído todo eso?, se preguntaban.

- ¿Será posible que alguien más se salvó del diluvio?

- ¿Y dónde está escondido, entonces?

- ¿Y dónde consiguió los alimentos?

- ¿Será que los dioses nos están protegiendo nuevamente?

Ninguna de esas preguntas pudo ser respondida. Al día siguiente, con cierta esperanza en el corazón, los dos hermanos salieron nuevamente en búsqueda de alimento. Pero como no encontraron nada, retornaron a la casa.

- ¡Mira, Ucumári! ¡La mesa está servida!, gritó Cushiyuc.

Efectivamente, el milagro se repitió y volvió a repetirse en los días siguientes, cuando finalmente los dos hermanos, sorprendidos, decidieron averiguar quién los favorecía de modo tan especial. Para ello, combinaron esconderse detrás de las camas y observar lo que sucedía en su ausencia.

Apenas habían transcurrido las primeras horas de la mañana, cuando ruidos de alas precedieron la entrada de dos enormes papagayos con rostro de mujer. Su plumaje era vistoso, semejante a un abanico multicolor, y en la cola, muy larga, predominaban el rojo, el azul, el verde y el amarillo.

- ¡Entonces son ellos los que nos tratan tan bien!, dijeron, juntos, los jóvenes escondidos. Y agregaron:

- ¡Qué lindos son!, al mismo tiempo que salían de su escondrijo.

Las aves, asustadas, soltaron los alimentos que traían e intentaron huir, pero fueron aprehendidas por los hermanos.

Al ser agarradas, un nuevo milagro sucedió ante los ojos de los jóvenes, cada vez más admirados: los papagayos se transformaron en unas hermosas doncellas, que Ucumári y Cushiyuc tomaron por esposas.

De esos casamientos nacieron muchos hijos, que dieron origen a la nación de los Cañaris, pobladores legendarios de la Provincia de Azuay.

Desde entonces, los papagayos son venerados por ese pueblo.

Monseñor Federico González Suárez
Versión final: Francisco Delgado Santos



MÉXICO

EL PRÍNCIPE TUKULUCHÚ (Lechuza)

Hace muchos años, cuando los hombres tenían el alma blanca y sencilla, había en la tierra, en verdad, encantos y milagros. Entonces los pájaros hablaban, las serpientes se enamoraban de las doncellas que rompían el conjuro maléfico y en milagro de amor se convertían en jóvenes y príncipes. De aquel lejano entonces es la hermosa como sencilla leyenda maya *El Príncipe Tukuluchú*.

Hace muchos años, tantos que no se pueden contar, vivía en la sagrada ciudad de Chinkultic un príncipe hermoso y gran guerrero llamado Tukuluchú.

El príncipe Tukuluchú tenía los ojos color de cobre y la piel como tierra suave; manejaba el hulché -palo arrojadizo- con tal maestría, que sacerdotes, guerreros y nobles aseguraban que el hijo del rey, el de las manos mágicas y pupilas de águila, era descendiente directo del dios Sol.

El príncipe Tukuluchú vivía al lado de su padre, en un palacio de amplias cámaras, hermosos patios, altas torres y misteriosos pasajes; pero a pesar de tanta belleza, huía de los encantos de la corte para buscar refugio en el misterio de los bosques, en donde, inmisericorde, clavaba su hulché en los troncos gigantes, en las garzas, y en los venados, en las fieras y en los pájaros, llegando a herir hasta la delicada mariposa y al nervioso colibrí.

Una mañana en que el príncipe Tukuluchú había adiestrado por horas y horas su mano, matando indefensos cardenales y guacamayas, sintió deseos de poner a prueba su destreza arrojando su hulché en dirección al cielo.

El príncipe trepó a las rocas más altas y allí, con mano segura, arrojó su hulché. Como un rayo provocado por los emisarios del agua, así subió velozmente el arma de plumón tornasol hasta llegar a rozar el llameante disco del sol.

Un grito salvaje emitió el príncipe Tukuluchú: ¡Había herido al dios Kin-sol! ¡Su mano era invencible y su hulché mágico.

Del cielo desprendióse el arma trayendo en la punta un pedazo de sol.

Los ojos de águila del príncipe le vieron caer más allá de las montañas, por lo que apresuradamente se desprendió de su traje recargado de oro y pedrería y de sus pendientes de jade para poder correr más ligero. Cuando hubo quedado casi desnudo, ágil como un venado bajó las peñas, echando a correr en dirección a las montañas.

Al pasar cerca de un pantano jaspeado de verde y negro, Kakás, el genio malo, le gritó:

-¿A dónde vas, príncipe Tukuluchú?

-A traer mi hulché que tiene en la punta un pedazo de sol.

-No vayas príncipe Tukuluchú, que el días Kin te puede matar.

El príncipe, sin hacer caso, siguió su camino y al pasar por el monte Nohochtát, el señor de monte, pequeñito y gordiflón, brincaba ante una ramita encendida; más al ver al príncipe, suspendió su danza para gritarle:

-¿A dónde vas, príncipe Tukuluchú?

-Voy por mi hulché que tiene en la punta un pedacito de sol.

-No vayas -le dijo- el señor del mal, Kin, puede enojarse y matarte.

El príncipe Tukuluchú siguió corriendo sin detenerse.

Cuando bordeaba un lago, Yunchaac, el señor de las aguas, le preguntó:

-¿A dónde vas, príncipe Tukuluchú?

-Voy por mi hulché que tiene en la punta un pedazo de sol.

-No vayas -le aconsejó- vuélvete a tu palacio.

Pero el príncipe, sin hacerle caso, prosiguió su carrera.

Al cruzar la selva, Quchpán, una bella doncella le salió al encuentro, y tratando de detenerlo, le dijo:

-¿A dónde vas, príncipe Tukuluchú?

-Voy por mi hulché que tiene en la punta un pedazo de sol.

-No vayas -le dijo- vuélvete a tu palacio -e intentó distraerlo con sus encantos; pero el príncipe esquivó sus manos y haciendo más veloz su carrera, huyó.

Al atravesar una intrincada selva, la voz dulce de Yumil Kax, Dueña del Bosque, le dijo:

-Príncipe Tukuluchú, no sigas ese camino. Regrésate. El dios Kin es vengativo y te puede hacer daño.

Mas el príncipe siguió su camino, dejando muy atrás la selva y el monte.

En la encrucijada de un sendero le salió al paso el dios IK -dios del viento- y caminando delante de él arrancaba de cuajo los árboles, impidiéndole el paso. Mas el príncipe Tukuluchú, obsesionado por la posesión de su hulché, saltaba sobre los troncos caídos, alejándose en dirección a la montaña.

-Ven - oyó que le decían suavemente-. No prosigas, ven a descansar bajo mi sombra. Yo te daré el olvido.

El príncipe, bañado en sudor, sediento y cansado buscó con la mirada a quien así le tentaba. En medio del extenso campo se elevaba el frondoso Helel boy -árbol del descanso- cuya sombra refrescante era tentadora.

El príncipe Tukuluchú estuvo tentado a refugiar su cansancio bajo esa sombra acogedora; pero al descubrir, allá, junto al añil de la montaña su hulché en cuya punta resplandecía como el oro un pedazo de sol, apresuró su carrera:

-¡Detente! Oyó que le decían imperiosamente.

-No toques eso- le gritaron más fuerte.

Pero el príncipe, ansioso de poseer su huché, extendió la mano para tomarlo cuando un poderoso remolino se apoderó de él, aprisionándolo entre sus corrientes y elevándolo tan alto que la tierra semejaba un puntito negro.

Por horas y horas el viento lo estuvo golpeando; ya lo dejaba caer sin tocar tierra; ya lo elevaba tan alto que la respiración se le suspendía, y el príncipe, juguete del dios del viento, acabó por desmayarse.

Cuando abrió los párpados, su espanto no tuvo límites. Estaba parado en lo alto de las ramas de una hermosa ceiba y era un pájaro de plumaje oscuro, cuyas pupilas no podían ver el sol: ¡Tukuluchú, el príncipe, había sido convertido en una lechuza!

Así fue como Kimich Ahuau, el dios Sol, castigara a quien había osado quitarle un pedazo de su áureo disco.

Leyenda Popular

PARAGUAY

LA LEYENDA DE LAS CATARATAS

Hace muchos años cuando la tierra era casi plana, las aguas de los ríos corrían mansamente y el viento era brisa, vivían en un pueblo dos familias de indios.

Ambos caciques siempre peleaban por su fuerza y poderío. Desde niños eran rivales y uno siempre quería ser más fuerte que el otro.

Crecieron, se enamoraron de dos bellas indias.

Cuando la luna nueva apareció tras los cerros, de estos dos matrimonios, nacieron dos hermosas criaturas.

Una niña y un niño, y ahí comenzó una nueva disputa, cuál de los dos niños sería el mejor.

Estos nuevos integrantes crecieron jugando a escondidas a orillas del río.

Yanitsa se convirtió en una bella princesa de piel tostada y grandes ojos marrones.

Nació en ellos un gran amor y así decidieron comunicarles a sus familias que contraerían matrimonio.

Ante la oposición de sus padres, ellos decidieron huir, pero el gran brujo de la selva que todo lo oye y lo ve, descubrió el secreto y raptó a la princesa.

El indio caminó día y noche en su busca por largo tiempo.

La princesa lloraba su pena de amor dejando caer cataratas de lágrimas. Tanto fue su caudal que comenzaron a caer a raudales provocando un grito profundo.

El príncipe, dice la leyenda, murió de amor al pie de la catarata.

La princesa sigue derramando lágrimas y a todos los visitantes baña con mil gotitas invisibles.

Dice el brujo de la selva que son las gotas del amor las que hacen que hasta nuestros días sea el lugar más romántico y nostálgico.

Niré Collazo

PERÚ

EL AMARÚ

PRESENTACIÓN

Amarú es un mito ancestral muy difundido en el Perú, con diversas versiones regionales, inclusive con diferentes nombres, como, por ejemplo, *Panki*, en el Amazonas peruano. Se trata de una divinidad relacionada con las profundidades, el agua y la fertilidad.

GLOSARIO

Cantú, adaptación de *gantú*, también conocido como cantuta. Arbusto quizás original del altiplano, cuya flor de color rojo fue muy admirada por los incas, que introdujeron su cultivo entre los pueblos dominados, llamándola *flor del inca*.

Hubo un tiempo en que una gran sequía se abatió sobre la tierra. Y como parecía que todo estaba condenado a desaparecer, no sobró nada, ni siquiera un vestigio del rebelde pasto que crece en los planaltos andinos. Perecieron plantas y hierbas de colinas y depresiones y hasta los líquenes y los musgos que nacen en las piedras se extinguieron bajo el sol implacable.

Los campos se agrietaban, sedientos, y en el lecho de los antiguos ríos y represas surgían grietas y se extendían planicies polvorientas. Las piedras quedaban como brasa, sin árboles que les diesen sombra, y sobre la tierra parda, de cascajos pequeños y cortantes, el viento silbaba.

Inclusive el *cantú*, la única flor que resiste y florece en la aridez y en el estío, sintió marchitarse sus pétalos, sus hojas y después consumirse sus raíces. De él sólo quedaba un ramo con un botón intacto, que poco a poco brotó entre unos tallos retorcidos.

Cuando la flor se abrió, miró a lo lejos a la montaña sagrada y, rehusándose a morir, transformó sus pétalos en alas, su corola en pecho y las espinas de su tallo en plumas; del estambre amarillo-azul-rojo surgió la fina cabeza de un picaflor, que, sacudiéndose, se soltó con dificultad de la planta, que quedó hacia atrás, calcinada.

Por un breve instante, él revoloteó en el aire caliente y, transformando su fragilidad en fuerza, rumbeó hacia lo alto, en dirección a la cordillera. Llegó hasta el margen de la laguna de Wacracocha, incrustada en la roca más dura, y la contorneó sin atreverse a beber o, inclusive, a sobrevolar sus aguas, que se extienden quietas en una concha plateada.

Después de contemplar sus aguas insondables, voló hacia la cumbre del Waitapalhana, el monte más alto de una cadena de picos encrespados y profundos precipicios, donde jamás penetraron el halcón, el cóndor o el águila.

Ya exhausto, el picaflor se posó en la cumbre congelada por el viento. Con el corazón sangrante y con un poco de aire que le restaba, suplicó al monte:

"Padre Waitapalhana, nosotros te adoramos y te suplicamos que nos escuches, porque en tus entrañas fuimos generados. ¡Ten piedad de la tierra! ¡Sávanos de la sequía!

Dicho esto se despeñó, y un fajo de plumas se desparramó por el peñasco intacto, manchándolo de rojo.

El Waitapalhana experimentó una profunda tristeza, que se unió a la aflicción que sentía al ver la tierra estéril y devastada. Reconoció en el pájaro el perfume de la amada flor de *cantú*, que siempre florece adornando su manto sagrado y embelleciendo los días de duración de su fiesta.

Tal fue su dolor y tan profundos los latidos de su corazón, que dos lágrimas de durísima roca se escurrieron por sus mejillas y, cayendo de las alturas por profundos precipicios, llegaron hasta las aguas del Wacracocha, que se abrió, haciendo retumbar el universo.

El estruendo, la tristeza y las lágrimas del Waitapalhana llegaron hasta el fondo de las aguas y despertaron a la poderosa Amarú, que duerme enroscada en las profundidades de la cordillera y cuya cabeza descansa en el lecho de la laguna encantada.

Lentamente, se despegó. La tierra se sacudió con violencia. Las montañas cayeron envueltas en polvo. Las rocas rodaron, produciendo un ruido ensordecedor.

Amarú deslizó suavemente la cabeza, mientras se estiraba. Al principio, solamente se percibió un leve temblor en la superficie de la laguna; después, una oscilación en los márgenes traslúcidos y enseguida una marejada que estremeció al granito, levantándose, enseguida, una turbulencia de espumas y de aguas agitadas.

En el centro de la laguna, apareció la divina Amarú, serpiente alada, con cabeza de llama y cola de pescado, de ojos cristalinos y de un fulgor transparente, de hocico enrojecido y párpados perfectos. Se zambulló y levantó su cabeza, cubierta por la misma lana blanca y rubia que le envuelve el pescuezo, la frente y las orejas, y paseó su mirada inocente en un extraño encuentro entre el día de afuera y la noche de adentro.

Con movimientos sinuosos, se suspendió en el aire, ondulando estruendosamente su cuerpo inviolable. El sol, al verla, se irritó. Sus rayos, confusos, reverberaron en el espacio infinito. El amarillo de su cara implacable se transformó en violeta-rojo-negro. Su cabeza de fuego y sus ojos flameantes estallaron de ira. Y diez mil guerreros de color rojo, mentones cubiertos por barbas plateadas, munidos de armaduras, corazas y espuelas y cabalgando en briosos corceles, se lanzaron a combatirla.

Amarú, al verlos aproximarse, salió a su encuentro, levantándose imponente. Moviendo la cola, atacó con fuerza demoledora, desorganizando los haces de fuego.

Alrededor, oyeron una descarga de rayos, un estallido de escudos y lanzas que se quebraban. Se vieron fulgores y se oyeron estruendos. Amarú onduló su cuerpo ágil al viento. ¡La lucha fue feroz e incierta!

Del hocico agitado de Amarú comenzó a desprenderse una bruma, que se enroscó en las cumbres de las montañas y se desparramó entre los peñascos. Del movimiento de sus alas se precipitaron las lluvias, que fueron cayendo, gota a gota y, después, a torrentes. De su cola de pez se desprendió el granizo en bolas redondas y transparentes, que, al caer, se escurrían por las laderas.

El cuerpo ardiente de Amarú comenzó a soltar fuegos dorados y brillos de plata, de cuyos reflejos nació el arco iris.

Así, volvió a correr el agua, cuando la vida parecía extinguida. Cayó la lluvia y se iluminaron los ojos por el agua. Renacieron los arroyos y reverdecieron las hierbas. Se llenaron los lechos de los ríos y se suavizaron las campiñas.

Nuestros antepasados piensan que en las escamas resplandecientes de Amarú están inscritos todos los signos y asuntos; previstos, todos los paisajes, todas las flores, el minúsculo rocío y las cascadas impetuosas; todas las letras, todos los números y todas las llaves, las cestas llenas o vacías, así como los ataúdes lentos. En ellas, están trazados todos los caminos, así como erigidas y extinguidas todas las ciudades; residen todos los presentimientos y todos los desalientos. Allí nacen realidades y sueños.

Daniilo Sánchez Lihón

Nota: Traducción libre - ALADI

URUGUAY

LA TORTUGA GIGANTE

Había una vez un hombre que vivía en Buenos Aires, y estaba muy contento porque era un hombre sano y trabajador. Pero un día se enfermó, y los médicos le dijeron que solamente yéndose al campo podría curarse. Él no quería ir, porque tenía hermanos chicos a quienes daba de comer; y se enfermaba cada día más. Hasta que un amigo suyo, que era director del Zoológico, le dijo un día:

-Usted es amigo mío, y es un hombre bueno y trabajador. Por eso quiero que se vaya a vivir al monte, a hacer mucho ejercicio al aire libre para curarse. Y como usted tiene mucha puntería con la escopeta, cace bichos del monte para traerme los cueros, y yo le daré plata adelantada para que sus hermanitos puedan comer bien.

El hombre enfermo aceptó, y se fue a vivir al monte, lejos, más lejos que Misiones todavía. Hacía allá mucho calor, y eso le hacía bien.

Vivía solo en el bosque, y él mismo se cocinaba. Comía pájaros y bichos del monte, que cazaba con la escopeta, y después comía frutas. Dormía bajo los árboles, y cuando hacía mal tiempo construía en cinco minutos una ramada con hojas de palmera, y allí pasaba sentado y fumando, muy contento en medio del bosque que bramaba con el viento y la lluvia.

Había hecho un atado con los cueros de los animales, y lo llevaba al hombro. Había también agarrado, vivas, muchas víboras venenosas, y las llevaba dentro de un gran mate, porque allá hay mates tan grandes como una lata de querosene.

El hombre tenía otra vez buen color, estaba fuerte y tenía apetito. Precisamente un día en que tenía mucha hambre, porque hacía dos días que no cazaba nada, vio a la orilla de una gran laguna un tigre enorme que quería comer una tortuga, y la ponía parada de canto para meter dentro una pata y sacar la carne con las uñas. Al ver al hombre el tigre lanzó un rugido espantoso y se lanzó de un salto sobre él. Pero el cazador, que tenía una gran puntería, le apuntó entre los dos ojos, y le rompió la cabeza. Después le sacó el cuero, tan grande que él solo podría servir de alfombra para un cuarto.

-Ahora -se dijo el hombre- voy a comer tortuga, que es una carne muy rica.

Pero cuando se acercó a la tortuga, vio que estaba ya herida, y tenía la cabeza casi separada del cuello, y la cabeza colgaba casi de dos o tres hilos de carne.

A pesar del hambre que sentía, el hombre tuvo lástima de la pobre tortuga, y la llevó arrastrando con una soga hasta su ramada y le vendó la cabeza con tiras de género que sacó de su camisa, porque no tenía más que una sola camisa, y no tenía trapos. La había llevado arrastrando porque la tortuga era inmensa, tan alta como una silla, y pesaba como un hombre.

La tortuga quedó arrimada a un rincón, y allí pasó días y días sin moverse.

El hombre la curaba todos los días, y después le daba golpecitos con la mano sobre el lomo.

La tortuga sanó por fin. Pero entonces fue el hombre quien se enfermó. Tuvo fiebre y le dolía todo el cuerpo.

Después no pudo levantarse más. La fiebre aumentaba siempre, y la garganta le quemaba de tanta sed. El hombre comprendió que estaba gravemente enfermo, y habló en voz alta, aunque estaba solo, porque tenía mucha fiebre.

-Voy a morir -dijo el hombre. Estoy solo, ya no puedo levantarme más, y no tengo quién me dé agua, siquiera. Voy a morir aquí de hambre y de sed.

Y al poco rato la fiebre subió más aún, y perdió el conocimiento. Pero la tortuga lo había oído, y entendió lo que el cazador decía.

Y ella pensó entonces:

-El hombre no me comió la otra vez, aunque tenía mucha hambre, y me curó. Yo lo voy a curar a él ahora.

Fue entonces a la laguna, buscó una cáscara de tortuga chiquita, y después de limpiarla bien con arena y ceniza la llenó de agua y le dio de beber al hombre, que estaba tendido sobre su manta y se moría de sed. Se puso a buscar enseguida raíces ricas y yuyitos

tiernos, que le llevó al hombre para que comiera. El hombre comía sin darse cuenta de quién le daba la comida, porque tenía delirio con la fiebre y no conocía a nadie.

Todas las mañanas, la tortuga recorría el monte buscando raíces cada vez más ricas para darle al hombre, y sentía no poder subirse a los árboles para llevarle frutas.

El cazador comió así días y días sin saber quién le daba la comida, y un día recobró el conocimiento. Miró a todos lados, y vio que estaba solo, pues allí no había más que él y la tortuga, que era un animal. Y dijo otra vez en voz alta:

-Estoy solo en el bosque, la fiebre va a volver de nuevo, y voy a morir aquí, porque solamente en Buenos Aires hay remedios para curarme. Pero nunca podré ir, y voy a morir aquí.

Y como él lo había dicho, la fiebre volvió esa tarde, más fuerte que antes, y perdió de nuevo el conocimiento.

Pero también esta vez la tortuga lo había oído, y se dijo:

-Si queda aquí en el monte se va a morir, porque no hay remedios, y tengo que llevarlo a Buenos Aires.

Dicho esto, cortó enredaderas finas y fuertes, que son como piolas, acostó con mucho cuidado al hombre encima de su lomo, y lo sujetó bien con las enredaderas para que no se cayese. Hizo muchas pruebas para acomodar bien la escopeta, los cueros y el mate con víboras, y al fin consiguió lo que quería, sin molestar al cazador, y emprendió entonces el viaje.

La tortuga, cargada así, caminó, caminó y caminó de día y de noche. Atravesó montes, campos, cruzó a nado ríos de una legua de ancho, y atravesó pantanos en que quedaba casi enterrada, siempre con el hombre moribundo encima. Después de ocho o diez horas de caminar se detenía, deshacía los nudos y acostaba al hombre con mucho cuidado en un lugar donde hubiera pasto bien seco.

Iba entonces a buscar agua y raíces tiernas, y le daba al hombre enfermo. Ella comía también, aunque estaba tan cansada que prefería dormir.

A veces tenía que caminar al sol; y como era verano, el cazador tenía tanta fiebre que deliraba y se moría de sed. Gritaba: ¡agua! ¡agua! a cada rato. Y cada vez la tortuga tenía que darle de beber.

Así anduvo días y días, semana tras semana. Cada vez estaban más cerca de Buenos Aires, pero también cada día la tortuga se iba debilitando, cada día tenía menos fuerza, aunque ella no se quejaba. A veces quedaba tendida, completamente sin fuerzas, y el hombre recobraba a medias el conocimiento. Y decía, en voz alta:

-Voy a morir, estoy cada vez más enfermo, y sólo en Buenos Aires me podría curar. Pero voy a morir aquí, solo en el monte.

Él creía que estaba siempre en la ramada, porque no se daba cuenta de nada. La tortuga se levantaba entonces, y emprendía de nuevo el camino.

Pero llegó un día, un atardecer, en que la pobre tortuga no pudo más. Había llegado al límite de sus fuerzas, y no podía más. No había comido desde hacía una semana para llegar más pronto. No tenía más fuerza para nada.

Cuando cayó del todo la noche, vio una luz lejana en el horizonte, un resplandor que iluminaba el cielo, y no supo qué era. Se sentía cada vez más débil, y cerró entonces los ojos para morir junto con el cazador, pensando con tristeza que no había podido salvar al hombre que había sido bueno con ella.

Y, sin embargo, estaba ya en Buenos Aires, y ella no lo sabía. Aquella luz que veía en el cielo era el resplandor de la ciudad, e iba a morir cuando estaba ya al fin de su heroico viaje.

Pero un ratón de la ciudad -posiblemente el ratoncito Pérez- encontró a los dos viajeros moribundos.

-¡Qué tortuga! -dijo el ratón. Nunca he visto una tortuga tan grande. ¿Y eso que llevas en el lomo, qué es? ¿Es leña?

-No -le respondió con tristeza la tortuga. Es un hombre.

-¿Y dónde vas con ese hombre? -añadió curioso el ratón.

-Voy... voy... Quería ir a Buenos Aires -respondió la pobre tortuga en una voz tan baja que apenas se oía. Pero vamos a morir aquí porque nunca llegaré...

-¡Ah, zonza, zonza! -dijo riendo el ratoncito. ¡Nunca vi una tortuga más zonza! ¡Si ya has llegado a Buenos Aires! Esa luz que ves allá es Buenos Aires.

Al oír esto, la tortuga se sintió con una fuerza inmensa porque aún tenía tiempo de salvar al cazador, y emprendió la marcha.

Y cuando era de madrugada todavía, el director del Jardín Zoológico vio llegar a una tortuga embarrada y sumamente flaca, que traía acostado en su lomo y atado con enredaderas, para que no se cayera, a un hombre que se estaba muriendo. El director reconoció a su amigo, y él mismo fue corriendo a buscar remedios, con los que el cazador se curó enseguida.

Cuando el cazador supo cómo lo había salvado la tortuga, cómo había hecho un viaje de trescientas leguas para que tomara remedios, no quiso separarse más de ella. Y como él no podía tenerla en su casa, que era muy chica, el director del Zoológico se comprometió a tenerla en el Jardín, y a cuidarla como si fuera su propia hija.

Y así pasó. La tortuga, feliz y contenta con el cariño que le tienen, pasea por todo el jardín, y es la misma gran tortuga que vemos todos los días comiendo el pastito alrededor de las jaulas de los monos.

El cazador la va a ver todas las tardes y ella conoce desde lejos a su amigo, por los pasos. Pasan un par de horas juntos, y ella no quiere nunca que él se vaya sin que le dé una palmadita de cariño en el lomo.

Horacio Quiroga



VENEZUELA

EL ROMANCE DE TÍA ZORRA Y TÍO CONEJO

Hace bastante tiempo, diez años o doce tal vez, Tía Zorra coquetona tenía cuatro candidatos a la vez. Y ustedes ya saben quiénes eran: los tres bravos y fortachones de la selva, Tío Tigre, Tío León y Tío Caimán, y el pequeño, astuto e invencible Tío Conejo.

El caso es que pasaban los días y las noches y Tía Zorra no se decidía por ninguno de los tres grandotes, porque en realidad a Tío Conejo no lo tomaba en cuenta, y hasta se condolía de él:

-¡Ay Tío Conejo! Pero cómo quiere que me enamore de usted, si usted es tan pequeño y débil... y encima de todo tan orejudo. Todos se burlarían de mí y usted no podría defenderme; ni tampoco salir a cazar para alimentarme.

-Pero Tía Zorra, lo que pasa es que usted se deja impresionar por el tamañote de esos pretendientes suyos. Pero, en realidad, a esos tres yo los tengo dominados. Más aún, están los tres a mi servicio. Con decirle, aquí entre nosotros y sin que nadie se vaya a enterar, que Tío Tigre es mi cabalgadura.

-¡Ja, ja, ja, ja! ¡Ay Tío Conejo! Si algo tiene usted es que es ocurrente y chistoso. Pero cómo va a ser Tío Tigre su cabalgadura. ¿Usted montando a Tío Tigre como si fuera un caballo? ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja!

-Bueno, si no me cree, allá usted.

Dijo Tío Conejo haciéndose el interesante.

-No, no es que yo no le crea; sino que nadie podría creerle tal cosa. Y dígame, por casualidad, ¿no será Tío León quien lo abanica cuando hace calor?

-Pues le diré que no me abanica porque no se lo ordeno; pero cuando no encuentro un buen árbol... lo mando llamar para que me haga sombra y me acuesto entre sus patas.

-¡Ay Tío Conejo! ¡Qué divertido es usted!

-Bueno, mire, si quiere no me crea, pero así son las cosas.

Dicho eso, Tío Conejo dio media vuelta para marcharse cuando Tía Zorra, picada por la duda, le rogó que la disculpara y le prometió que, si le demostraba su poder sobre los tres grandotes, ella le entregaría su amor. Tío Conejo aceptó el reto y ofreció llegar a casa de Tía Zorra montando a Tío Tigre, trayendo en una de sus manos un pelo de la Barba de Tío León y en la otra un colmillo de Tío Caimán.

Tía Zorra aceptó complacida, Tío Conejo se despidió de Tía Zorra esperanzado, y se fue por el sendero que lleva al río. En el camino improvisó una copla para no olvidar lo prometido:

Con el colmillo de Tío Caimán
y el pelo de Tío León
cabalgaré a ese tigre tontón
y Tía Zorra será mi amor.

Cuando Tío Conejo llegó a orillas del río comenzó a llamar:

-¡Tío Caimán! ¡Psé, psé! ¡Tío Caimán! Apúrese que Tía Zorra me mandó avisarle que quiere verlo.

-¡Ah? ¿sí? Ya voy. Ya voy.

-Apúrese que yo iré adelante para avisarle que usted ya viene.

Dicho esto, Tío Conejo caminó unos cuantos pasos y se escondió a un lado del camino, entre las matas. Una vez allí, con un buen garrote entre sus manos, se quedó esperando a que pasara Tío Caimán. Tío Conejo paró bien las orejas, estiró el hocico, aguzó la vista y cuando Tío Caimán, que es tan lento y torpe fuera del agua, pasó por allí, le chistó desde la espesura:

-¡Chsstt! ¡Chsstt!

Tío Caimán volviendo su cabeza hacia el lugar de la llamada y abriendo su bocota preguntó:

-¿Quién me llama?

En ese preciso momento Tío Conejo le dio con el garrote en la mandíbula con tanta fuerza y precisión que le voló un colmillo por los aires. Tío Conejo corrió, corrió, corrió... y atajó el colmillo con la destreza de un gran jugador de béisbol. Entonces se dio a la fuga cantando su copla:

Con el colmillo de Tío Caimán
y el pelo de Tío León
cabalgaré a ese tigre tontón
y Tía Zorra será mi amor.

Cuando iba por el camino casi se tropieza con Tío León que estaba echado bajo unos árboles haciendo una siesta, tras haberse dado tremendo banquete con un venado. Aprovechando que Tío León no estaba hambriento, sino medio atontado por tan pesada digestión, Tío Conejo se acercó y le dijo:

-¡Hola poderoso y apuesto amigo! ¿Cómo está usted?

-¿Qué quieres Tío Conejo? Déjame dormir tranquilo.

-Por supuesto, joven alteza... Pero... ¡Uy qué ve! ¡Tío León qué vergüenza! ¿Nadie le habrá visto esto antes?, preguntó Tío Conejo, mirando fijamente hacia la barba de Tío León.

-¿Qué cosa? ¿Qué cosa?, dijo Tío León levantando su cabeza alarmado.

-Tiene una cana en la barba, majestad. ¿Cómo puede ser? Imagínese si se la ve Tía Zorra.

-¡Cállate conejo! ¡Te ordeno que la arranques ya mismo!

-¡Sus deseos son órdenes, alteza!, dijo Tío Conejo y tras arrancarle un pelo de la barba a Tío León volvió a tomar su camino. Una vez que se hubo alejado lo bastante comenzó a cantar su copla y se dirigió a la madriguera de Tío Tigre.

Ahora faltaba lo más complicado, pero la astucia de Tío Conejo no conoce límites. Y, además, por el amor de Tía Zorra estaba dispuesto a hacer cualquier cosa. Así que, al acercarse a la madriguera del tigre se echó al pie de un árbol y comenzó a quejarse y a

llorar estruendosamente. Tío Tigre no tardó en acercarse a ver qué sucedía y entonces:

-¿Qué te pasa Tío Conejo? ¿Por qué estás así?

-¡Ay, ay, ay, ay, ay!

-Bueno, pero ¿qué te pasa?

-¡Ay Tío Tigre! Comí unas hierbas malas y no soporto el dolor de estómago, ni siquiera puedo caminar. ¡Ay Tío Tigre!, ¡Ayúdame! y prometo no volver a hacerte bromas pesadas nunca más. ¡Ay, ay, ay, ay! Y también prometo ayudarte a conquistar a Tía Zorra. ¡Ay, ay, ay, ay!

-¿Y cómo podrías ayudarme tú, conejo insignificante?

-¡Ay! No lo sé, Tío Tigre. Te prometo que lo pensaré, pero ayúdame.

-¡Apúrate, o en lugar de ayudarte, te comeré!

-¡Ya sé! ¡Ya sé! ¿Sabías que lo que más aprecia Tía Zorra es la nobleza y el afán de servicio?

-¿Verdad?

-Pues sí. Entonces, yo creo que lo que más te conviene... No, déjalo así, déjalo, tú no serías capaz de hacer tal cosa...

-Dímelo, dímelo, ¡O te comeré!

-Bueno, bueno, ante tanta insistencia, te lo diré. Yo pienso que la mejor manera de impresionar a Tía Zorra es que... me montes en tu lomo y me llesves a su casa para que ella me cure.

-¡Tú estás loco! En mi lomo no se monta nadie y menos a la vista de Tía Zorra.

-Te lo dije: no serías capaz. Pero, bueno, tú te pierdes a Tía Zorra. Yo sólo quería ayudarte. Seguramente Tío León ya estaría por allá... Mejor déjame tranquilo con mi enfermedad. ¡Ay, ay, ay, ay!

-No, no Tío Conejo. Por favor ayúdame. Móntate en mi lomo. Anda móntate.

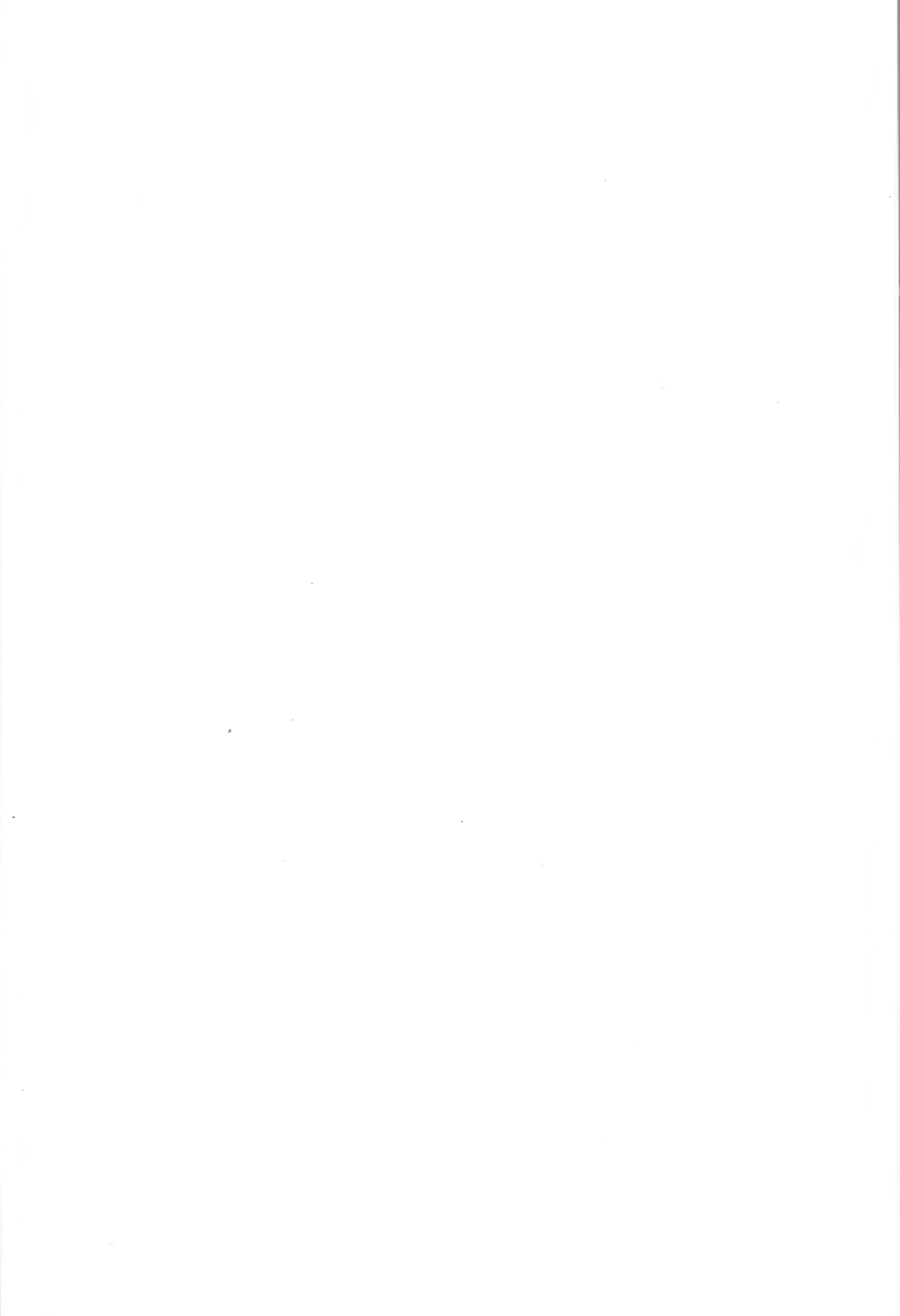
Imploró finalmente Tío Tigre. Y así fue como Tío Conejo consiguió montarse en el lomo del tigre.

Al llegar a casa de Tía Zorra montado sobre Tío Tigre, Tío Conejo levantó sus brazos mostrando a Tía Zorra el pelo de la barba de Tío León en una mano y el colmillo de Tío Caimán en la otra. Cuando Tía Zorra vio aquello, quedó admirada de su héroe y ni dirigió una mirada a Tío Tigre, sino que corrió con sus brazos extendidos, estrechó entre ellos a Tío Conejo y lo llevó hacia su madriguera.

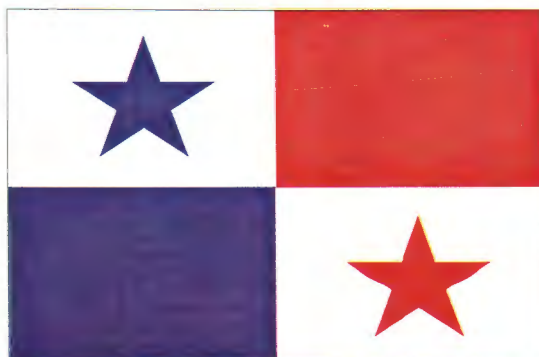
Y así, el pequeño y astuto Tío Conejo logró burlarse una vez más de los tres más fuertes de la selva.

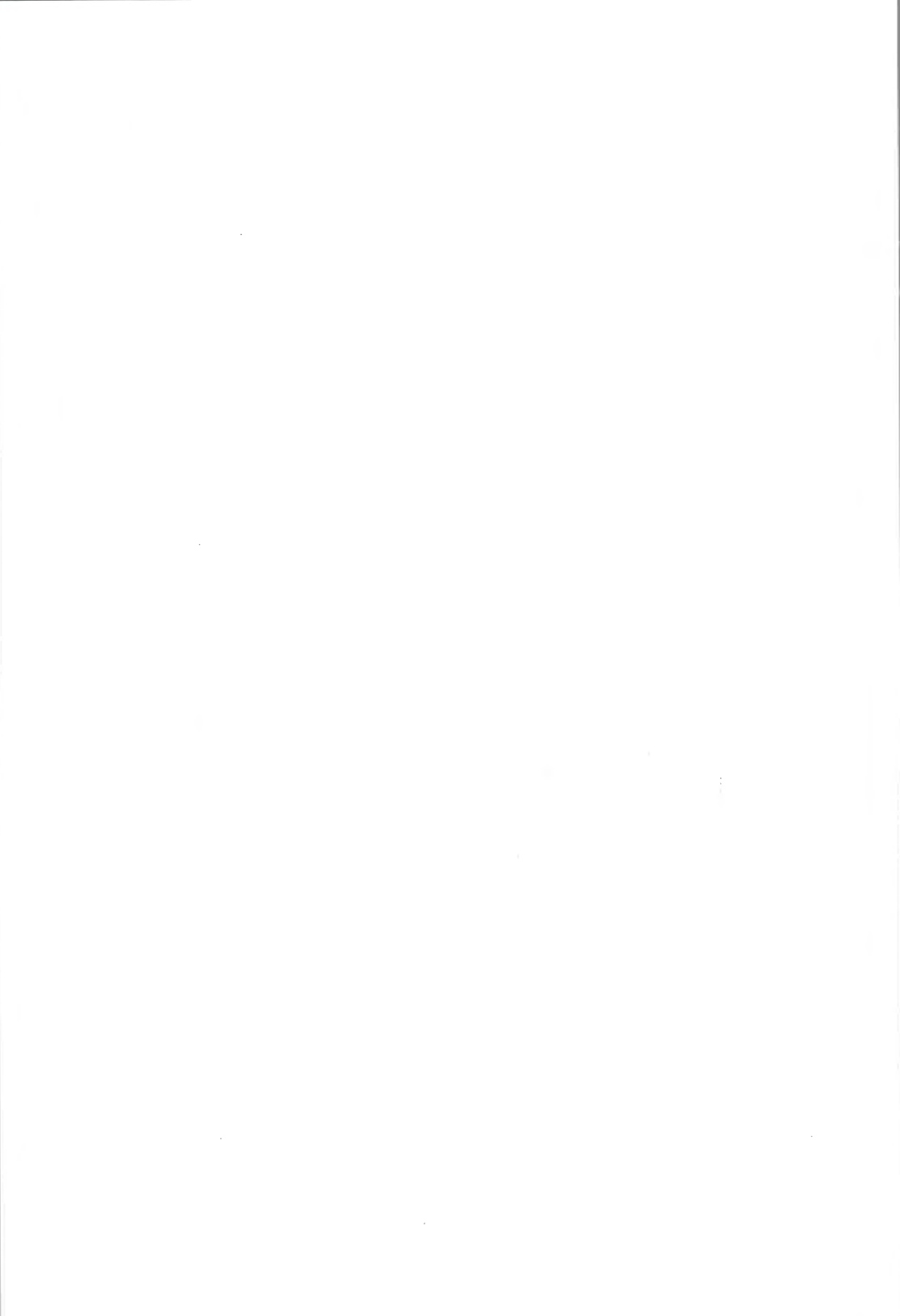
Daniel Mato

*Adaptación del 2° acto de
"El retorno de Tío Conejo",
texto teatral de Daniel Mato, inspirado en
relatos de tradición oral venezolana.*



PANAMÁ





PANAMÁ

MUERTE EN EL MAR

El Delfín arqueó aún más su lomo negro verdoso, arrojó con fuerza el agua por la abertura nasal y dijo:

- ¡Moriremos todos! Necesito una reunión de emergencia.

Sus ondas telepáticas fueron captadas por los caballitos de mar, quienes fieles mensajeros las transmitieron de inmediato a todos los lugares y brotaron de los rincones más abruptos, peces lunas, loros de mar, carpas, salmonetes, peces voladores, sierras y corvinas. Las ballenas y temibles tiburones llegaron silenciosos y expectantes, en hermoso contraste con los saltarines y armoniosos movimientos de las medusas y pulpos de mar.

En un derroche de colorido y belleza en que alternaban el negro y blanco de los delfines, con el verde del pez loro, rojo del salmonete y plateado de las corvinas, presidió la reunión el delfín y el pez martillo actuó de secretario.

- ¡Silencio!, ordenó. Se abre la sesión. Los hemos reunido aquí, porque nuestros hermanos mueren, el fondo del mar está poblado de esqueletos y muchos agonizan en estos momentos. Ustedes deben contemplar esta realidad para buscar una solución.

- ¡Vengan todos!, ordenó el delfín. Y cual tropas ordenadas, los peces desfilaron en silencio por los confines arenosos y presenciaron impotentes la dolorosa agonía de los que trataban de aspirar el oxígeno con sus branquias enfermas y negruzcas.

- ¡Dios mío! ¿Qué sucede? ¿Cuál es la causa de estas muertes?, interrogaron todos con ansiedad.

- ¡La contaminación del agua!, respondió el delfín con voz grave.

- ¿Qué es eso? ¡Explicanos!, inquirieron los tiburones.

- El hombre levanta fábricas que botan en los ríos desechos sintéticos y tóxicos. Los barcos derraman petróleo o sustancias químicas en los mares y sepultan en sus profundidades tanques con material radioactivo. ¡Envenenan el agua!

- ¿Y qué solución sugieres? ¿Cómo podemos evitar esta catástrofe?, preguntaron las corvinas.

- Tengo un plan que espero resulte, musitó el delfín.

Y esa noche, se dispersaron por las aguas y trabajaron hasta muy tarde. Las anguilas eléctricas irradiaron sus luces en todas direcciones y los restos de los animales fueron arrastrados a las costas. Los torpedos y tiburones empujaron los más pesados y las rayas y ballenas los llevaron en sus anchos lomos.

Al amanecer, el mar semejaba un gran cementerio de peces y todos los periódicos del mundo voceaban la noticia.

- ¡Muerte en el mar!

Los científicos sobresaltados comenzaron a estudiar las causas del fenómeno y los gobiernos y organizaciones internacionales, establecieron leyes severas para castigar a los que incurrieran en el grave delito de contaminar el agua de los mares y ríos, uno de los más preciados recursos naturales del hombre.

Gilma Guerra de López

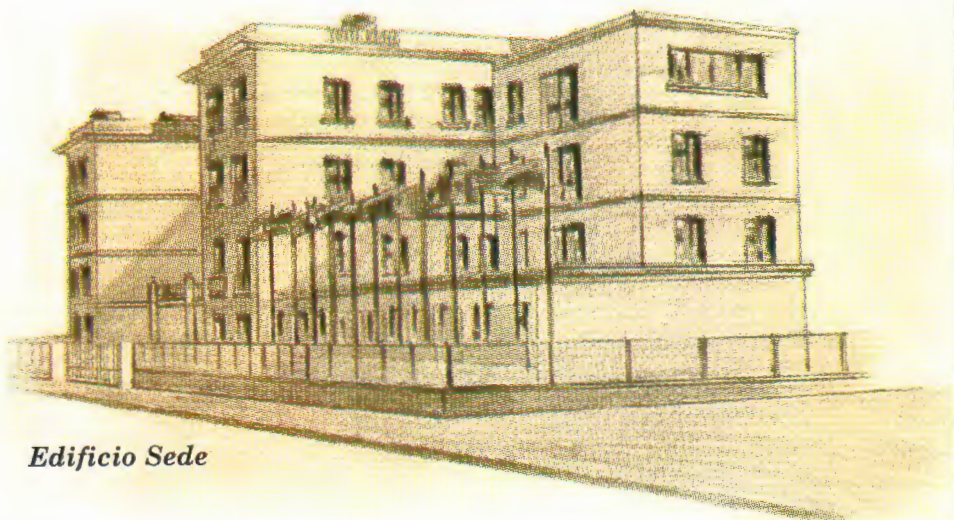
*Del Libro: El Árbol y el Ruisenior
(Editorial Mariano Arosemena del
Instituto Nacional de Cultura)*

ÍNDICE

	Página
AGRADECIMIENTO	V
INTRODUCCIÓN	VII
¿QUÉ ES LA ALADI?	I
LISTADO DE CUENTOS	7
- Argentina: Pamela.....	9
- Bolivia: El Ventisquero	13
- Brasil: La Boitatá	17
- Chile: El Gigante Enterrado	21
- Colombia: El Hambre Caimán	37
- Cuba: Manuelita	41
- Ecuador: Los Papagayos	47
- México: El Príncipe Tukuluchú (Lschuza)	51
- Paraguay: La Leyenda de las Cataratas	55
- Perú: El Amarú	57
- Uruguay: La Tortuga Gigante	61
- Venezuela: El Romance de Tía Zaira y Tío Conejo	67
- Panamá: Muerte en el Mar	75

Impreso en los Talleres Gráficos
de la Secretaría General de la ALADI
Depósito Legal N° 388.856/00
Montevideo (Uruguay), mayo de 2000.





Edificio Sede

ALADI

Asociación Latinoamericana de Integración
Associação Latino-Americana de Integração

Cebollatí 1461 - CP 11200, Montevideo-Uruguay
Teléfonos: (598-2) 400.1121 - Fax: (598-2) 409.0649
E-mail: sgaladi@aladi.org - Sitio Web: www.aladi.org